

**¡SI, MI TENIENTE!
DE
LUIS ENRIQUE OSORIO**

Comedia en tres actos

La acción, en Bogotá y sus alrededores en junio de 1953.

La estrenó la Compañía Bogotana de Comedias el 11 de diciembre de 1953, al inaugurar el Teatro de la Comedia de Bogotá, con el siguiente reparto:

DOÑA CANDIDA, la abuela	Mary de Vásquez
ATALA, la madre	Maruja Toro
PATRICIA, la hija	Lola Pedraza
LUPITA, la novia	Doris Castañeda
JULIETA, la invitada	Lilia Cardeño
ASUNCION, la sirvienta	Sofía Rodríguez de Moreno
CESAR HIDALGO, el militar	Octavio Rocha
FELIX, el solterón	Alejandro Barriga
ROGELIO, el influyente	Víctor Díaz
OTTO KRUPP, el extranjero	Aldemar García
PAQUITO, el novio	Angel Alberto Moreno
JOSUE, el ordenanza	Leopoldo Valdivieso

Completó cien representaciones consecutivas en febrero de 1954.

ACTO PRIMERO

Salón de lujosa residencia bogotana. Al fondo, otro salón con ventanal sobre el jardín. A la derecha del apuntador, salida a la calle. A la izquierda, arcada que conduce a otra sala, y escalinata que lleva al piso alto.

Anochece, ASUNCION, la sirvienta, acude al oír el timbre, arreglándose la cofia. JOSUE, el ordenanza, la sigue.

ASUNCION. – (Encendiendo las luces). ¡Llegaron!

JOSUE. – ¡Qué lástima!... ¡Estábamos tan sabrosito!

ASUNCION. – Vete, vete...

JOSUE. – ¿Les abro yo?

ASUNCION. – No estaría bien... ¡Ay, Dios mío!... Llévale esas copas, o se van a enterar de que estábamos tomando.

(Suena el timbre de nuevo... ASUNCION va por la derecha a abrir y JOSUE sale por el otro lado después de tropezar con un mueble... Inunda, el ámbito un torrente de voces y risotadas y van entrando, en traje de ceremonia, PATRICIA entre OTTO y ROGELIO; LUPITA con PAQUITO, y a retaguardia FELIX dando suaves traspiés).

FELIX. – *(Cayendo en un sillón y cerrando los ojos)*. ¡Plano!

PAQUITO. – Fantástico estuvo el compromiso.

LUPITA. – Fantástico no es palabra.

ROGELIO. – Merece que sigamos celebrándolo hasta la madrugada.

OTTO. – *(Con acento extranjero)*. Eso... Hasta el otro día... Idea buena. Hombre inteligente.

PATRICIA. – ¡Asunción!

(Entra ASUNCION)

ASUNCION. – ¿Señorita ?

PATRICIA. – ¿No ha llegado mamá?

ASUNCION. – No, señorita. El que llegó fue el señor.

PATRICIA. – ¿Papá?... ¡Qué raro!

ASUNCION. – En un avión que vino de Cali.

PATRICIA. – ¿Y está ahí?

ASUNCION. – No, señorita... Pidió el abrigo y salió.

PAQUITO. – ¿Y qué dijo?

ASUNCION. – Que no lo esperaran esta noche,

PATRICIA. – ¿Y mamá abuela?

ASUNCION. – Durmiendo desde hace bastante,

PAQUITO. – Como no le dé por despertarse, todo irá sobre ruedas.

PATRICIA. – Abre el bar.

ASUNCION. – Sí, señorita... (**Abre un bar bien provisto**).

PATRICIA. – Y tráenos hielo... ¿Continuamos con champaña?

PAQUITO. – Ya está,

LUPE. – ¡Uy, no!..., ¡No más champaña!

ROGELIO. – ¿Mareada ya?

LUPE. – Noooo...

PAQUITO. – No la mareo ni yo.

LUPE. – Pero es mejor cambiar...

OTTO. – Estas chicas modernas son muy gesistentes... pego también muy cambiantes... (**Carcajada**). ¡Cuidado PAQUITO! (**Carcajada**), cuidado... con el amog...

PATRICIA. – ¿Usted sí está por la champaña, don FELIX?

FELIX. – Tampoco.

ROGELIO. – A él sí lo mareé.

FELIX. – No, socio... Ni la probé. No necesito, por fortuna, esos tósigos para ver el mundo de color de rosa. Odio los colores embriagantes; y sobre todo el rojo y el azul, que nos tienen en jaque.

ROGELIO. – Ahora resultas incoloro... Te destiñes con la edad.

FELIX. – Quizá... A duras penas tolero el amarillo del néctar, que es mi trago favorito.

LUPE. – Genial... Yo se lo sirvo... y lo acompañó.

FELIX. – ¡Admirable, que venga de tus manos... y que sea de contrabando y recién destilado... A mí no me vengan con nada viejo ni reglamentario... La vejez me revienta... Y el protocolo aún más (**abraza a LUPE**),

PAQUTO. – (**Rescatándola**). ¡Cuidadito.... Este néctar es monopolio mío...

FELIX. Ya se... Y la otra es propiedad extranjera... Aquí he venido a quedarme con las manos en los bolsillos...

OTTO. – Pego... yo no soy como él... exclusivo.

ROGELIO. – (**Abrazando a PATRICIA**). Todo lo contrario... a Dios gracias.

OTTO. ¡Si la política fuega como yo opino del amog, no habría sino...

PAQUITO. – Coaliciones.

LUPE. – Ji, ji, ji...

PATRICIA. – ¿Al fin qué?

ROGELIO. – -Whisky.

OTTO. – -¡Eso! Somos del mismo gusto.

ROGELIO. – (**Abrazando otra vez a PATRICIA**). En todo... En todo... (**Ríe**).

PATRICIA. En cuanto a usted, don FELIX, lo siento, pero no hay néctar... La democracia está de capa caída, al menos en mi bar. ¿Prefiere también whisky?

FELIX . – (**Ronca suavemente**).

(**Entra ASUNCION con hielo y lo va poniendo en los vasos**).

PATRICIA. – ¿Qué dice?

FELIX. – (**Nuevo y fuerte ronquido**).

LUPE. – Se fue ya tras de las once mil vírgenes...

PATRICIA. – ¡Seguramente le informaron que ninguna pasaba de los veinte...

LUPE- (**Mira el reloj**). ¡Uy!... ¡Las siete y cuarto!

ROGELIO. – -¿y qué?... ¿No es ese tu cuarto de hora?

LUPE --- Que en mi casa no saben dónde estoy. . Voy a telefonear.

(**Salen por la izquierda PAQUITO y LUPE**).

PATRICIA. – -- Otto: fíjate en tanto si los carros quedaron todos bien cerrados.

OTTO. – Idea buena... Voy... Voy...

(**Sale OTTO por la derecha**).

PATRICIA. – ¿Tienes Lucky?

ROGELIO. – (*Ofreciéndole*). Y también, un deseo loco.

PATRICIA. – (*Maliciosa, pidiéndole fuego*). ¿Cuál?

ROGELIO. – Estar a solas contigo.

PATRICIA. – ¿Más todavía?... Fíjate: Paco y Lupe por los rincones... Don FELIX en el quinto cielo... y Otto siempre listo a obedecer, que es lo que más me gusta de él.

ROGELIO. – Intentemos cualquier pretexto para escaparnos,

PATRICIA. – ¿Con qué objeto?

ROGELIO. – Para mí no hay mayor placer que estar junto a ti.

PATRICIA. – (*Echándole humo a la cara*). ¿No lo estás?

ROGELIO. – Pero muy controlado,

PATRICIA. – ¡Exigente!... ¿Así eres con tu mujer?

ROGELIO. – Con todas las mujeres.

PATRICIA. – ¡Descarado!

ROGELIO. – En serio, nenita... Dame el placer de estar contigo... A solas.

PATRICIA. – Hoy es imposible,

ROGELIO. – ¿Cuándo entonces?

PATRICIA. – Mañana.

ROGELIO. – ¿Vienes a mi despacho?

PATRICIA. – ¡Convenido!

ROGELIO. – ¿Me dedicas la tarde?

PATRICIA. – Ya está.

ROGELIO. – Te tengo allá una gran sorpresa.

PATRICIA. – ¿Cuál?

ROGELIO. – ¡Mañana lo sabrás!

PATRICIA. – ¿Por qué no hoy?

ROGELIO. – Porque hoy estás esquiva.

PATRICIA. – Dímelo ahora... Sí, encanto... Sí, primor.

ROGELIO. – ¡El convertible pequeño!... ¡El que querías comprar!

PATRICIA. – ¡De veras!

ROGELIO. – Como me dijiste que tu papá no había querido firmar los papeles, los firmé yo... y pagué la primera cuota.

PATRICIA. – ¡Eres adorable!

ROGELIO. – -¿Qué no haría yo por ti?

PATRICIA. – Lo malo es que...

ROGELIO. – ¿Qué?...

PATRICIA. – ¿Cómo justificar que hayas sido tu quien?

ROGELIO. – Encontraremos la fórmula.

PATRICIA. – ¡Ay, qué felicidad!... Entonces, mañana...

ROGELIO. – Mañana lo estrenaremos.,

PATRICIA. – Si, si...

(**Entra OTTO**)

OTTO. – ¡Había una puegta abiegtá! La de don FELIX.

PATRICIA. – No es raro.

OTTO. – Pego nada robagon... Porque había dentgo esta cigarrillega... y un guante.

PATRICIA. – En todas partes va dejando algo olvidado.

ROGELIO. – Por venganza, quizá... Porque, a juzgar por el guante, a él también lo dejaron olvidado.

OTTO. – (Carcajeándose). ¡Otra ocurrencia buena!

ROGELIO. – (Sacudiendo a FELIX). ¡Socio!... ¡Viejo!

FELIX. – (Despertando). ¿Qué?... ¿Qué pasa?

PATRICIA. – Que dejó el carro abierto.

FELIX. – Voy a cerrarlo... ¿Dónde guardé las llaves?... (Las busca).

ROGELIO. – Pero ofrécenos primero un cigarrillo.

FELIX. – Aquí... Aquí están las llaves.., Pero la cigarrillera... (Sigue buscando y al cabo saca un cuchillo de plata envuelta en un guante).

PATRICIA. – Miren: el guante compañero.

ROGELIO. – ¡Y envolviendo un cuchillo!

OTTO. – Por lo que vemos... hubo violencia., (Risa).

ROGELIO. – ¡Y con un cuchillo antiguo de plata!

PATRICIA. – ¡Y luego dice que no le gusta lo viejo!

FELIX. – De lo viejo es lo único que me convence. ¡Esto! Porque antes se hacían los cuchillos con plata... Y ahora es al contrario: se hace la plata con cuchillo.

ROGELIO. – Vas para millonario, entonces.

FELIX. – No... Mi cuchillo es inofensivo... Perteneció... y aun diría yo que pertenece a los padres de la novia a cuyo compromiso acabamos de asistir.

PATRICIA. – ¡Se lo robó!

FELIX. – No... Me lo eché al bolsillo creyendo que era la cédula nueva.

(Timbre).

PATRICIA. – ¡Es mamá!... Se nos aguó la fiesta!

OTTO. – No tengo miedo... a la suegra.

(Entran Paco y LUPE).

PAQUITO. – Llegó mamá... ¿Para dónde nos vamos?

LUPE. – Ya dije que para mi casa.

PAQUITO. – Con tu mamá es peor.

ROGELIO. – Para la mía entonces. Les ofrezco allá una botella de whisky.

PATRICIA. – ¿Para que tu mujer nos haga mala cara?... ¡Horrible!

(*Entra ATALA de brazo con CESAR, un teniente en traje de gala y condecorado*).

ATALA. – ¡Buenas... noches, serán ya!

CESAR. – (*Fríamente cordial*). Muy buenas noches.

FELIX. – mírenla! ¡Viene más armada que yo!

CESAR. – ¡Hola, Félix!

FELIX. – Por fortuna, te conocí naranjo.

CESAR. – Sí... Entre los naranjos., cuando querías enseñarme a amar el campo.

FELIX. – ¡Tienes que hacerme hombre, te decía!... ¡Y ya lo veo!

CESAR. – . – Todos crecemos a la fuerza.

ATALA. – (*A ROGELIO*). ¿No se conocen?... Es mi sobrino, César Hidalgo... Rogelio Urpita, un amigo de mi marido.

ROGELIO. – No había tenido el gusto de verlo por acá.

ATALA. – Estaba ausente,

ROGELIO. – ¿Paseando?

CESAR. – No, señor... Peleando.

ROGELIO. – ¿En el Tolima o en los Llanos?

CESAR. – No, señor. ¡En Corea!

LUPE. – ¡Un héroe, entonces! ¡Ay, cuánto gusto de conocerlo!

CESAR. – Encantado.

PAQUITO. – Bien. Ya lo conociste... Ahora ven para acá ... Tú no tienes más héroe que yo.

LUPE. – Estás insoportable.

PATRICIA. – Este es mi novio.

OTTO. – Paga servigle, mi teniente. Otto Krupp Güesanovich... Me hongo en ser su amigo y ponegme en todo a ógdenes suyas.

CESAR. – ¿Otto?... Me habían dicho que usted se llamaba...Peter

PATRICIA. – ¡Uy! ¡Qué atrasado de noticia!! Peter era inglés...

CESAR. – Aja... Y el señor... ¿Alemán?

OTTO. – Oh no, no, no... Pego muy eugopeo continental...De todo un poco.

PATRICIA. – Además, entre Peter y Otto están Waldo, Walter y Willys...

CESAR. – Según veo, esta niña no va para el matrimonio, sino para la ONU.

PATRICIA. – Y si supiera, Otto, que Cesar fue mi primer novio... cuando vivíamos en el campo...

OTTO. – ¡Oh!... Muy hongado... Muy hongado...

PATRICIA. – Pero no llegamos a nada... Apenas a la costumbre de saludarnos de beso... y ahora, ni eso... Si yo no lo hago. (**Lo besa**).

OTTO. – Oh... Divegtido.

PATRICIA. – ¿Un whisky, primo?

CESAR. – No me disgusta.

PATRICIA. – ¿Tu, mamá?

ATALA. – Bien.

LUPE. – Cuéntenos, teniente... cuéntenos algo de Corea...

PAQUITO. – (**Atrayéndola**). Deja en paz los cuentos miedosos.

LUPE-. – ¿Mató muchos chinos?

CESAR. – Lo ignoro, señorita.

FELIX. – Perdiste el tiempo, entonces..., ¿O a qué fuiste?

CESAR. – Dicen que... a defender un ideal.

PAQUITO. – Y las chinas... ¿Ideales, no ala?

CESAR. – No entraron en mi línea de fuego.

PATRICIA. – Oí el rumor de que te habías enamorado de una japonesa.

CESAR. – Quizá... A nadie le falta un romance.

LUPE. – ¿Tiene el retrato.... ¿Cómo es?

CESAR. – De ojos oblicuos... Y de intenciones rectas... Las japonesas tienen fama de buenas esposas.

PATRICIA. – ¡Y no la trajiste! ¡Qué lástima!

CESAR. Traje el cuento de su virtud, para las colombianas a quienes pueda interesarles,

PAQUITO. – Bien. No más historia de Oriente... Prefiero un mambo.

LUPE. – En Corea bailan mambo, teniente?

CESAR. – No! Pero a causa de la psicosis bélica, hay muchos casos de epilepsia.

OTTO. – Buena compaginación... Otra occugencia... buena...

LUPE. – Entonces... como vamos a ser primos políticos, que Paquito ponga el disco... Y lo bailamos.

PAQUITO. – Que lo baile con Patricia, ya que Otto es más tolerante, o vamos al jardín más bien...

OTTO. – Encantado...

PATRICIA. – (**Torneándolo del brazo**). Pero si se ha vuelto tan escurridizo... No parece hombre de armas tomar...Vayamos aunque sea de curiosos. Si no hay más remedio...

(Salen por la izquierda, LUPE con PAQUITO, CESAR con PATRICIA, y tras ellos OTTO y FELIX).

ATALA. – No esperaba encontrarte aquí.

ROGELIO. – Ni yo que vinieras tan pronto.

ATALA. – Lo extraño es que me sigas los pasos.

ROGELIO. – ¿Por qué?

ATALA. – Jamás habías estado tan indiferente.

ROGELIO. – Es tanto lo que murmuran ya respecto a nosotros, que en público me he vuelto precavido.

ATALA. – Mentiroso... Nunca te preocupa el qué dirán... Te gusta más bien provocarlo.

ROGELIO. – Cuando no es peligroso... Pero en nuestro caso...

ATALA. – ¡En nuestro caso!.... Si ya te está pasando el entusiasmo... Eres hombre de entusiasmos.

ROGELIO. – Te vi., además, muy solicitada.

ATALA. – ¿Celos ahora? No creo.

ROGELIO. – ¿No podrían tener algún fundamento?

ATALA. – Si algo hice fue por intrigarte... Por atraerte... Porque no llevaba más ilusión que la de estar contigo... Me arregle para ti... Confia en que, después de la fiesta, nos iríamos juntos como otras veces... Rogelio: ¿es que ya no me quieres?

(El ruido del tocadiscos aumenta, hasta arrollar el diálogo...)

(Entra Doña CANDIDA, bajando la escalera).

CANDIDA. – ¡Qué alboroto!... Me despertaron.

ATALA. – ¿Te sientes mal todavía, mamá?

CANDIDA. – Afortunadamente mis achaques van siempre combinados con el sueño, que es mi alivio... Buenas noches, don Rogelio...

ROGELIO. – Señora...

CANDIDA. – Me despertó también hace poco tu marido, que llegó de Cali.

ATALA. – ¿Está ahí?

CANDIDA. – No, Salió.

ATALA. – ¡Claro!... ¡Y dijo que no vendrá esta noche!...

CANDIDA. – Creo que sí.

ATALA. – Para él esto no es ya su casa, sino una estación donde se cambia de itinerario.

CANDIDA. – ¿Hay mucha gente?

ATALA. – Los muchachos nada más... Con Félix y Cesar.

CANDIDA. – ¡Mi nieto!... ¡Y no subió a saludarme!

ATALA. – Apenas entró lo monopolizaron esos locos.

CANDIDA. – ¡Cesar!... ¡Mijito!...,

(Sale **CANDIDA** por la izquierda).

ATALA. – ROGELIO: llévame de aquí.

ROGELIO. – ¿A dónde?

ATALA. – A cualquier parte... Ya lo oíste... El no vendrá... Y necesito evadirme de todo lo que forzosamente me rodea... Pero contigo.

ROGELIO. – Sería nueva imprudencia. ¿No ves que vine aquí con los muchachos?

ATALA. – Ellos están más contentos sin mí... Y sin ti... Los conozco.

ROGELIO. – Despues dices que soy yo quien provoca murmuraciones.

ATALA. – Ahora no me importan... Quiero estar contigo... Necesito estar contigo... Lejos de aquí.

ROGELIO. – Pero... ¿qué disculpa damos?

ATALA. – Nos vamos sin disculpas.

ROGELIO. – Esperemos siquiera una oportunidad...

ATALA. – Nos vamos ya... O te hago una escena...

ROGELIO. – Si ha de ser así...

ATALA. – ¡Asunción!

(**Entra ASUNCION**).

ASUNCION. – ¿Mi señora?

ATALA. – Diga que me llamaron con urgencia y que Rogelio fue a llevarme en su carro.

ASUNCION. – Sí, señora...

ATALA. – Si llama mi marido, dígale que estoy en un bridge...

ASUNCION. – Sí, señora.

(**Salen ROGELIO y ATALA por la derecha. Entra JOSUE por otro lado**).

JOSUE. – ¿Se fueron todos?

ASUNCION. – No... Están en el jardín... Me dijeron que les llevara más whisky...

JOSUE. – ¿Mi teniente está con ellos?

ASUNCION. – No... Con la señora Cándida.

(**Entra PATRICIA**).

PATRICIA. – ¡Rogelio!... ¡Rogelio!

ASUNCION. – Se fue a llevar a la señora.

PATRICIA. – ¡Pero cómo es mamá!... ¡Es el colmo!... ¡Oigan la que nos ha hecho mamá!... No vinó sino a llevarse a Rogelio.

(**Entran en tanto PAQUITA, LUPE, OTTO y FELIX**).

PAQUITO. – Había podido llevarse más bien a don Félix que está de ocioso.

OTTO. – ¿Qué ha pasado?

PAQUITO. – Un desertor.

LUPE. – ¡Y nos había ofrecido una botella de whisky,

FELIX. – Por eso no hay cuidado... Ofrezco dos.

TODOS. – ¡Bravo!

FELIX. – Pero con una condición.

VOCES. – ¿Cuál?... Diga...

FELIX. – Que me levanten pareja, ya que no pude hacerlo por propia iniciativa.

PATRICIA. – Manos a la obra.

FELIX. – Preséntame una terna, para escoger,

LUPE. – Divertidísimo.

PAQUITO. – Todos a los carros.

(*Salen por la derecha con gran algazara*).

JOSUE. – Se divierten de veras.

ASUNCION. – Más de lo mandao.

JOSUE. – Unos en gustos y otros en penas... Hay que ver cómo se vive hoy en mi pueblo.

ASUNCION. – Qué diré yo, que tuve que dejar la vereda... ¡Allá sí es cierto!... Pa horrores, los que me hizo ver la chusma...

JOSUE. – No serían piores que los míos, con los que la perseguían. Y no porque andará buscándole molestias a naiden... No hacía más que cuidar la manchita'e café... Dos fanegadas nada más, pero ahí daban pa la comid'e tuel año... y pa levantar las crías.

ASUNCION. – ¿Tenías también ganao?

JOSUE. – No... La mujer no más.

ASUNCION. – -(*Desilusionada*). ¡Ah!... Eres casao.

JOSUE. – Era... y con cuatro criaturas, porque las otras se malograron... Pero la violencia acabó con todo... Me arrancaron las matas, cargaron con la pesca y las gallinas y le metieron candela al rancho, con los muchachitos adentro.

ASUNCION. – ¡Qué horror!... ¿Y tu mujer?

JOSUE. – Cuando quiso ir a sacarlos de entre la hoguera la molieron a machetazos... Querían hacerme lo mismo, pero me les escurri y eché pal monte, resuelto a matar al que juera antes de que acabaran también con yo.

ASUNCION. – No había más remedio...

JOSUE. – Pero no me gustó esa vida. Me dejé más bien reclutar.

ASUNCION. – Pobre Josué...

JOSUE. – Y me han quedao después de todo un temblor y un susto, que cuando tengo que ponerme firme ante mi teniente, se me aflojan las piernas.

ASUNCION. – (*Rompe a llorar*).

JOSUE. – En fin... Lo pasao pasao y ojo a lo que ha quedao.

ASUNCION. – A yo también me quemaron el ranchito... Me mataron los animales, y al hombre...

JOSUE. – ¿También eras casada?

ASUNCION. – Llevábamos varios años arrejuntaos... Ya íbamos a pedir el ólio, después del amanío, cuando le echaron mano a él, y lo mataron.

JOSUE. – (*Aterrado*). ¿Y por qué? ¿Por qué?

ASUNCION. – Eso mismo pregunto yo: ¿por qué?. Ambrosio no se metía con naiden... Ahí sí que su trabajo y no más...

(*Entra Cesar*).

CESAR. – ¡Josué!

JOSUE. – (*Cuadrado con temblor de piernas*). ¿Qué ordena, mi teniente?

CESAR. – ¿Engrasaron bien el campero?

JOSUE. – Sí, mi teniente.

CESAR. – Mételo ya al garaje,

JOSUE. – Si, mi teniente... ¿Ordena algo más, mi teniente?

CESAR. – Nada más por hoy..., Y como es víspera de fiesta y mañana nos acuartelan, supongo que tendrás deseos de divertirte...

JOSUE. – Sí, mi teniente. . Digo: Como mande mi teniente,

CESAR. – Toma, Pero no vayas a beber ... Te entras a un cine.

JOSUE. – Sí, mi teniente.

CANDIDA. – (**Fuera**). Ven, mijito... Ayúdame a ponerme en pie.

CESAR. – Voy, mamá Cándida.

(Sale CESAR por donde entró).

JOSUE. – ¿Y qué voy a hacer yo a un cine... solo?

ASUNCION. – ¿Acaso necesita ojos pa que le ayuden a ver?

JOSUE. – Cuatro ojos ven más que dos, dicen.

ASUNCION. – Pero con dos se ve muy bien, y aquí a la güelta le dan una doble a mitá de precio.

JOSUE. – . – Prefiero una sencilla... pero de carne y güeso.

ASUNCION. – Míralo...

OSUÉ. – ¿Por qué no vamos juntos?

ASUNCION. – Mañana, que me toca salida.

JOSUE,. – Mañana me la quitan a mi... Ven a escondidas.

ASUNCION. – ¡Uy!, no!... ¿Y si endespués lo saben?...

(Entran CESAR y CANDIDA).

CANDIDA. – Gracias, mijito... ¡Supieras que ya me he caído dos veces!... Me falta aceite en las rodillas.

CESAR. – ¡Ideas!... ¡Si estás en tus veinte!

CANDIDA. – Bien quisiera, para alcanzar a verte de general.

JOSUE. – (**Cuadrándose y temblando**). ¡Mi teniente!

CESAR. – ¿Qué esperas?

JOSUE. – Que... mi teniente... que... más bien me quedo... porque... como no tengo con quien ir.

CESAR. – Busca quien te acompañe...

JOSUE. – Sí, mi teniente... Pero...

CESAR. – ¿O tengo yo que conseguirte compañía también?

JOSUE. – Sí, mi teniente... Digo: Como ordene mi teniente.

CESAR. – Media vuelta entonces... y que te diviertas.

JOSUE. – Sí, mi teniente... (**Da media vuelta y mira desalentado a ASUNCION**).

CESAR. – (**Notándolo**). Aja... Aguarda un momento.

JOSUE. – ¿Qué ordena mi teniente?

CESAR. – ¿Como que también quieras ir tú a cine, Asunción?

ASUNCION. – No sé qué dirá mi señora.

CANDIDA. – No. De noche no.

CESAR. – Invítala, Josué.

JOSUE. – Si lo ordena mi teniente...

CANDIDA. – Es mejor que no.

CESAR. – Josué es persona seria. Yo respondo.

CANDIDA. – No sé qué decir.

CESAR. – Di que sí... Dense prisa, antes de que mamá Cándida se arrepienta.

JOSUE. – Sí, mi teniente,

CANDIDA. – Pero... ¡mucho juicio!... ¡Y vienen pronto!

ASUNCION. – Si, mí señora... Y muchísimas gracias mi señora.

(*Salen JOSUE y ASUNCION regocijados*).

CANDIDA. – Tienes unas ocurrencias...

CESAR. – De todos modos irían: con permiso o sin él.

CANDIDA. – En ese caso, allá ellos... Pero si uno autoriza, y después pasa algo...

CESAR. – -Después de todo lo que está pasando en este país, ¿qué puede añadirse?

CANDIDA. – Lo malo es que a ti no sé decirte que no a nada; y después, cuando tenga que despedir a Asunción, no eres tú quien me consigue un buen reemplazo... He debido oponerme.

CESAR. – Habría sido injusto... Y cruel.

CANDIDA. – Dime: ¿esas son las costumbres que traes de Corea?... ¿Mandar a pasear a las sirvientas con los ordenanzas?

CESAR. – Sí... Para la oficialidad hay mujeres de más categoría... A propósito: ¿vienes conmigo?

CANDIDA. – ¿Yo a estas horas?... El milagro es que ande levantada, por haber llegado tú... Pero volviendo a esos muchachos, ¿no sería mejor que...

CESAR.. – No seas malpensada... Todo lo que se haga es poco para aliviarles su tragedia.

CANDIDA. – ¡Ay, mijito! ¡No me explico, verdaderamente! ¡No me explico tanta tragedia!... Cuentan y cuentan y no acaban... Tengo fe en Dios; pero esta vez no veo claro cuáles son sus designios.

CESAR. – ¡Era tan bello nuestro país!

CANDIDA. – Desde niña aprendí a quererlo como algo no sólo sagrado, sino dulce, acogedor para propios y extraños... ¿Por qué habrá hombres que?...

CESAR. – No señalemos a nadie. Hasta donde alcanzo a comprender, confiábamos en nuestro bienestar con mucha ceguedad y demasiada soberbia... Esto es culpa de toda una generación.

CANDIDA. – Es posible.

CESAR. – Pensando estuve en rebelarme cuando, por extraña coincidencia, me enviaron a Corea. Acepté el destino entonces.... Si el mal iba a perdurar, y todos habíamos de morir, que fuera donde la suerte lo hubiese dispuesto. Me sometí a la disciplina, riéndome para mis adentros de que, en vez de organizar nuestro país, fuéramos a pelear con los chinos.

CANDIDA. – Y me parece mentira tenerte aquí otra vez... ¡Mi muchacho!... Minuto a minuto esperaba la noticia de tu muerte... ¡Y me hacías además tanta falta! Porque me siento muy sola en esta casa... No sé por qué Dios no se acuerda de mí.

CESAR. – Me acordaba yo... A todas horas... A otros los acompañaba el retrato de la novia... A mí el tuyo.

CANDIDA. – ¡Tan bueno mi hijo!

CESAR. – Lo colgaba en la tolda del campamento... Entraba con él en combate.

CANDIDA. – Y yo en tanto rezaba... rezaba... rezaba... por ti y por nuestra tierra... ¡Que vuelva aquí la paz... y que no le suceda nada a mi muchacho, Dios mío!... ¡Tráemelo!... Aunque sea cojo... Aunque sea manco...Aunque sea tuerto...

CESAR. – ¡Qué barbaridad! ¡Te alcanzó también la violencia!

CANDIDA. – Pero tráemelo, mi Dios... ¡Tráemelo.... ¡No me lo quites del todo!... ¡Y aquí está!... ¡Completo!

CESAR. – ¡Integro!

CANDIDA. – -Te veo, te toco, y no me convenzo.

CESAR. – Porque en realidad... Algo me falta...

CANDIDA. – ¿Qué?... ¿Qué?

CESAR. – Fui a dar la vida por la libertad... Vuelvo con la vida, y encuentro que hemos perdido la libertad...

(*Entran JOSUE y ASUNCION en traje de calle*).

JOSUE. – Mi teniente...

CESAR. – Si no te das prisa, mamá CANDIDA se arrepiente.

CANDIDA. – Tanto allá no; pero repito: ¡Juicio!

CESAR. – (*Irónico*). Ya lo oyen...

JOSUE. – Sí, mi señora... Digo: sí, mi teniente.

(*Salen JOSUE y ASUNCION*).

CESAR. – Y ahora, mamá Cándida, volviendo a lo nuestro, dime: ¿qué pasa aquí?

CANDIDA. ¡Qué ha de pasar!.... Que anda todo manga por hombro... Sólo esperaba tu llegada para rogarte... (*Llora*) .que me saques de aquí.

CESAR. – Pero... mamá Cándida: ¿cómo vas a seguir a un oficial sin familia, que tan pronto destinan a Corea como a cualquier otro lugar de peligro?

CANDIDA. – Me voy contigo a donde sea.

CESAR. – ¿No te tratan bien?

CANDIDA. – No soy más que un trasto arrimado, con sus recuerdos y su angustia.

CESAR. – ¿No hay jefe en esta casa?

CANDIDA. Como si no lo hubiera. Siempre está ausente.

CESAR. – Ya lo veo.

CANDIDA. – Átala, como sabes, ha hecho siempre su voluntad... Patricia aún más. Y no me baja de vieja anticuada y entrometida.

CESAR. – Y ese novio... ¿quién es?

CANDIDA. – Cambia tanto de novio, que cuando trato de conocer a uno, al día siguiente está reemplazado.

CESAR. – Y... ¿Ese otro?... ¿El que se fue con tía Atala?

CANDIDA. – Tiene negocios con mi yerno... Negocios que la gente critica, porque son hechos a la sombra de la actual situación... Con ese motivo viene demasiado, mientras el otro, el que debiera estar aquí, no se encuentra nunca.

CESAR. – Hay que ponerle remedio a todo esto.

CANDIDA. – ¿Y cómo?

CESAR. – No me preocupan mucho los tíos, que tienen uso de razón y saben demasiado lo que hacen... Pero... ¡Hay que salvar a Patricia!

CANDIDA. – Me gusta oírte hablar así. Es señal de que todavía la quieres.

CESAR. – Pienso ante todo en ti.

CANDIDA. No es cierto. Si pensaras en mí te preocuparía la suerte de todos...

CESAR. – Me preocupo, claro está; pero...

CANDIDA. – Mírame de frente... ¿Por qué no te casaste en el Japón?

CESAR. – Pues... porque...

CANDIDA. Porque, aún estando allá, te diste cuenta de que a Patricia la querías más... Confiésamelo. Eso me consuela... Me llena de esperanza...

CESAR. – Ahí están...

CANDIDA. – La quieres... ¿No es cierto?...

CESAR. – Pues...

(*Entran en algazara PATRICIA con OTTO, PAQUITO con LUPE y FELIX con JULIETA ... Tres parejas dichosas*).

PATRICIA. – ¡Don Félix está reblandecido!

PAQUITO. – Derritiéndose,

LUPE. – De pronto deja la cabeza en un taxi.

PATRICIA. – Le conseguimos pareja a condición de que siga la fiesta en su casa. Vamos a su casa, y se le han perdido las llaves del portón.

JULIETA. – Síiii...

PAQUITO. – Lo único que le falta es que se le pierda también Julieta , después del trabajo que nos costó conseguírsela.

JULIETA . – Síiii...

FELIX. – Bueno, bueno... Busquemos con serenidad... Aquí deben estar... ¿Me ayudas, Julieta?

JULIETA . – Siiiii...

(**Salen JULIETA y FELIX buscando**).

LUPITA. – ¡Qué mal gusto!... Escogió a la más boba... No sabe decir sino siiiii...

PAQUITO. – ¿y te parece poco?... Ojala tú fueras lo mismo.

OTTO. – Llaves... Llaves... Llaves... Le encontré la cigaguillera y un guante... ¿Por qué no he de encontrar las llaves?...

(**Sale OTTO buscando**).

PATRICIA. – Lo mejor será que nos lleve al Tequendama.

CANDIDA. – Lo mejor sería que se conformaran ya con lo que se han divertido, y ustedes dos no salieran más.

PATRICIA. – ¿Quién te está pidiendo opinión?

CESAR. – ¿Qué dices, Patricia?

PATRICIA. – Lo que oyes.

CESAR. – Permíteme hacerte saber que esta señora... Es tu abuela!

PATRICIA. – Y la tuya... ¿Y qué?

CESAR. – Que para ella exijo respeto.

PATRICIA. – ¡Uy!... ¡Militarismo!

CANDIDA. – Déjalos que hagan su voluntad... No estoy ni en edad ni en ánimo de discusiones.

(**Entra OTTO**).

OTTO. – ¡Aquí están las llaves!

(**Entran FELIX con JULIETA y PAQUITO con LUPE**).

FELIX. – ¿Dónde estaban?

OTTO. – Entge un vaso de whisky...

FELIX. – Esta maldita costumbre de no saber nunca lo que tengo entre manos,

PAQUITO. – ¿Oyes, Julieta?

JULIETA. – Siii...

PATRICIA. – Vamos, pues... ¿Qué esperamos?

FELIX. – ¿Vamos, Julieta?

JULIETA. – Siiii...

PATRICIA. – En vez de fruncir el ceño, ven con nosotros, Cesar, a divertirte un poco.

PAQUITO. – Te buscamos también una pareja.

LUPE. – ¡Claro!

FELIX. – ¡Haremos lo indecible para alegrarte... ¿No es verdad, Julieta?

JULIETA . – (*Comiéndoselo con los ojos*). Siii...

CANDIDA. – Ve si quieres, mijito...

CESAR. – (*Abrazándola ante el desconcierto de los demás*). No. mamá Cándida... ¡Mucho más me alegra, .. acompañarte!

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero, después de mediodía.

En escena doña CANDIDA tejiendo tranquilamente.

CANDIDA. – (*Mirando con malicia hacia la izquierda*). Josué... Josué...

(*Entra JOSUE afanado, masticando*).

JOSUE. – ¿Mi señora?

CANDIDA. – ¿Dónde está Cesar?

JOSUE. – En el comando, mi señora.

CANDIDA.. – ¿Por qué no lo acompaña?

JOSUE. – Mi teniente me ordenó que lo esperara aquí.

CANDIDA. – ¿Aquí... O allá dentro? ¿Dónde estaba usted?

JOSUE. – En el... comiendo mi señora.

CANDIDA. – Se le nota, sí... que está frecuentando demasiando las dependencias del servicio.

JOSUE. – (**Se cuadra**).

CANDIDA. – No, no. A mí no me venga con esas acrobacias para disculparse... Mejor sería que dejara tranquila a Asunción.

JOSUE. – Con Asunción no hago sino... ayudar, mi señora.

CANDIDA. – Cuando Cesar lo deje aquí, ayúdenos más bien a arreglar el jardín, y no a barrer las habitaciones ni a lavar los platos.

JOSUE. – Está bien, mi señora.

CANDIDA. – La próxima vez que lo vea merodeando por allá dentro, no le reclamo más a usted, sino al teniente.

JOSUE. – Está bien, mi teniente... Digo: mi señora... ¿Puedo retirarme?

CANDIDA. – Si... Para el jardín.

JOSUE. – Si, mi señora (**da media vuelta y sale**).

CANDIDA. – (**En su tejido**). Ave María... Ave María...

(**Entra PAQUITO de la calle**).

PAQUITO. – (**Silba un aire popular**).

CANDIDA. – Hola, mijo. . .

PAQUITO. – ¿Qué hubo?

CANDIDA. – De seguro no has almorcizado.

PAQUITO. – No.

CANDIDA. – ¡Y son casi las tres!

PAQUITO. – Sería jartísimo hacer todo a hora fija... Además, me desayuné como a las doce.

CANDIDA. – Ya sé... Y viniste dando traspiés, cuando yo salía para misa.

PAQUITO. – (*Silba un bolero de moda*).

CANDIDA. – ¡Asunción!

ASUNCION. – (*Dentro*). ¿Mi señora?

CANDIDA. – Sírvale a Paquito.

ASUNCION. – (*Dentro*). Sí, señora.

PAQUITO. – ¿Lupe no me ha telefoneado?

CANDIDA. – Que yo sepa, no... Te llegó tan sólo una carta. Ahí está sobre la mesa.

PAQUITO. – Muestra... (*Mira el membrete y la tira en la mesa*). Ah...

CANDIDA. – Creo que es una cuenta... Y dijeron que volvían por la respuesta.

PAQUITO. – Devuélveles el sobre cerrado, con la noticia de que yo no le abro cuentas a nadie.

CANDIDA. – ¡No creo que esas cosas deban tomarse a broma.

PAQUITO. – No pagar es hoy el séptimo mandamiento de la impunidad.

CANDIDA. – Lo dices en serio?

PAQUITO. – Si he de hablar en serio, que pague papá.

CANDIDA. – -Me aterra ese modo de ser tuyo... No quieres estudiar, no quieres trabajar... y por añadidura...

PAQUITO. – ¿Sermón?

CANDIDA. – Ya sé, que todo lo que te digo es como predicar en un desierto.

PAQUITO. – ¿Estudiar, cuando los ignorantes son los que van hoy palo arriba? Hay que cambiar los libros por una buena palanca, una corbata a la moda y un permiso para llevar arma..

CANDIDA. – Entonces, aunque sea así, trabaja en algo. ¡Pero trabaja!

PAQUITO. – Papá está muy bien entroncado y lo hace por ambos.

CANDIDA. – Ayúdale aunque sea.

PAQUITO. – ¿y qué estoy haciendo?... Le ayudo a gastar. Eso es lo chusco.

CANDIDA. – No hablemos más, pues.

(**Suena el timbre**).

PAQUITO. Si. Para censura, con la de la prensa sobra y basta.

CANDIDA. – ¡Asunción!

(**Entra ASUNCION**).

ASUNCION. – (**Atravesando la escena hacia la derecha**). Está servido, don Paquito.

(**PAQUITO sale por la izquierda silbando**).

CANDIDA. – ¡Óyeme, Asunción!

ASUNCION. – ¿Mi señora?

CANDIDA. – De una vez por todas: no más coloquios con el ordenanza por allá dentro,

ASUNCION. – ¿Coloquios, mi señora?... ¡Ay, mi señora!.. Todo lo que estábamos haciendo era... conversando.

(**El timbre otra vez**).

CANDIDA. – Nada tendría de raro que de los coloquios estén pasando ya a los circunloquios...

ASUNCION. – ¡Ay, mi señora!... Esas son confeturas de la cocinera... Como ella si está que se le cae la baba por él...

CANDIDA. – ¡Maravilloso!... Los dejan ir a un espectáculo, y resuelven entonces armarlo aquí dentro.

(*El timbre con más insistencia*).

ASUNCION. – Pero mi señora...

CANDIDA. – Ve a abrir, pues... Pero les repito, tanto a ti como a ella: Dejen en paz al ordenanza si no quieren hacerle perder el puesto.

(*Sale ASUNCION*).

Ave María... Ave María...

(*Entra FELIX*).

FELIX. – ¡Doña Cándida!... ¡Acabo de enterarme!

CANDIDA. – ¿De qué?

FELIX. – Del accidente.

CANDIDA. – (*Aterrada*). ¿De quién?

FELIX. – De Patricia... Creí que ya lo sabía.

CANDIDA. – ¿Qué le ha pasado, por Dios?

FELIX. – Nada grave. Que estrelló el convertible.

CANDIDA. – Se me puso, que eso iba a suceder: que esa niña, por la novelería de manejar automóvil, se nos presentará aquí con un ojo afuera y una pierna rota.

FELIX. – Afortunadamente no hubo desgracias personales.

CANDIDA. – ¿Cómo lo sabe?

FELIX. – Julieta iba con ella, y me avisó por teléfono... Le pregunté si estaban bien...

CANDIDA. – ¿Y qué le dijo?

FELIX. – ¿Qué había de decir Julieta... ¡Que siii!

CANDIDA. – ¡Atala!... ¡Atala!

(*Entra ATALA con la cabeza a dos manos*).

ATALA. – ¡Ay, Dios mío, Dios mío!

CANDIDA. – ¡Cálmate!... ¡No fue nada!

ATALA. – ¿Te parece poco todo lo que me ha dicho ese muchacho?... ¡Sólo porque le observo que estas no son horas de almorzar!

CANDIDA. – ¡Frénalo!... ¡Tráncale!

ATALA. – Le rompí un plato en la cabeza.

FELIX. – ¡Otro choque, entonces!

ATALA. – ¿Otro choque?... ¿Por qué?

CANDIDA. – Patricia estrelló el convertible.

ATALA. – (**Aterrada**). ¿Le pasó algo?

FELIX. – No hubo más que la acostumbrada congestión en la arteria...

ATALA. – Pues si nada le pasó, me alegro... Me alegro de que se la haya acabado el juguete, que me tenía en ascuas, por todos los aspectos.

FELIX. – Calma en todo caso. Calma... Hay que irse habituando a los contratiempos de la vida motorizada...

Preparense así para cuando la chica resuelva que alguien le compre helicóptero.

(**Risas y voces por la derecha**).

ATALA. – Ahí están.

(**Entran en pantalones deportivos PATRICIA, LUPE y JULIETA**).

PATRICIA. – En el fondo, hasta divertido.

LUPE. – Pero hemos podido matarnos...

JULIETA . – Siiii...

ATALA. – ¿Qué pasó?

LUPE. – Que íbamos las tres para el gulf con Otto Krupp, Nono García y Chucho Escalante.

PATRICIA. – Cuando íbamos a atravesar la Caracas, Lupe me dijo que le dejara el timón.

JULIETA. – Y yo le dije que nooo...

FELIX. – ¿Dijiste que no?.. ¿Tú?... ¡Todo se explica!

PATRICIA. – En ese momento había que hacer un cambio.

FELIX. – Y el cambio lo hizo Julieta , aprendiendo a decir que no... Con cambio tan funesto, ¿quién no se estrella?

CANDIDA. – ¡Se cumplió mi pronóstico, en todo caso!

PATRICIA. – ¿Ahora tras del susto, un regaño?

CANDIDA. – Nada diré, pues... Nada diré... Me echaré candado en la boca... Es lo mejor...

(Sale CANDIDA).

FELIX. – Eso les pasó por irse sin mí.

JULIETA. – Nooo...

FELIX. – ¿Nooo?... ¿Y dicen que no hubo desgracias personales?... ¡A Julieta se la confié en alta a Chucho Escalante, y ahora me la devuelve en retro!

(Entra JOSUE).

JOSUE. – Señorita...

PATRICIA. – ¿Qué?

JOSUE. – Que ahí está el motociclista.

PATRICIA. – Que me deje en paz.

JOSUE. – Que le haga el favor de mandarle el pase.

PATRICIA. – Que no lo encuentro.

ATALA. – Hay que decir la verdad: que estabas manejando sin pase.

JULIETA. – ¡Ay, nooo!...

ATALA. – Cueste lo que cueste.

PATRICIA. – Dilo si quieras. No importa. Ya llamé a Rogelio para que nos resuelva todos los problemas,

ATALA. – No quiero que Rogelio tenga nada que ver en este asunto.

PATRICIA. – ¡Ay! ... ¡Quien la oye! ...

(Sale ATALA por la derecha).

JOSUE. – ¿Qué le digo al motociclista?

PATRICIA. – Pregúntele a mamá...

FELIX. – Que nos deje las chicas y se lleve en cambio las placas.

JOSUE. – Sí, señor.

(Sale JOSUE... Todas ríen).

FELIX. – Bien... Y en definitiva, ¿contra qué, contra quién chocaron?

PATRICIA. – Contra un camión de Colcana.

FELIX. – ¡Y ustedes iban con cocacolos! ¡No fue entonces falta de competencia! Y los chicos, ¿dónde están?

PATRICIA. – A Otto lo mandé a que le avisara a Rogelio... Chucho Escalante se fue para su casa en un taxi, porque se tronchó la pierna izquierda.

JULIETA. – Noooo. ¡La derecha!

FELIX. – ¿Y el Nono García?

LUPE. – El se quedó allá.

FELIX. – ¿Cuidando los escombros?

LUPE. – No... Pagando los vidrios rotos.

(Entra OTTO de la calle).

OTTO. – Bueno: todo está arreglado... Los de la circulación venidos y tomadas notas... El convegitble puesto a la oguilla... el camión gemolcado... las botellas guecojidas... el tgáfico ges... ges... gestablecido...

LUPE. – ¡Qué felicidad la tuya, Patricia, tener un novio tan complaciente!

PATRICIA. – Si no fuera complaciente, no sería mi novio... (*Lo acaricia*).

OTTO. – Se hace lo que se puede... Y lo que no se puede... no se hace.

LUPE. – ¡Ayy! ¡Si así hablara Paquito!

PATRICIA. – ¿Y Rogelio?

OTTO. – Está avisado...

LUPE. – ¡Este hombre es una joya!

PATRICIA. – Y lo mejor es que no habla de matrimonio.

OTTO. – ¿Matrimonio? El matrimonio es un accidente de tráfico... (*Carcajada*).

FELIX. – ¡Exacto!... Las víctimas chocan, y después tienen que venir otros a remolcarlas... y en cuanto a ti, Julieta, ¿puedo hacer algo para distraerte?

JULIETA. – Nooo...

FELIX. – ¿Te llevo a tu casa?

JULIETA. – Nooo...

FELIX. – ¡Caramba!... ¡Di que sí alguna vez!

JULIETA (. – (*Rabiosa*). ¡Nooo! (*Le da la espalda*).

(*JULIETA sale por la izquierda*).

FELIX. – Quedó peor que el convertible: con el mecanismo al revés... ¿Cuánto me irá a costar la reparación?

(*Sale FELIX detrás de ella*).

OTTO. – Eso es más cago que el caggo mismo...

(*Entra JOSUE*).

JOSUE. – Señorita: dice el motociclista...

PATRICIA. – Déjelo que diga...

JOSUE. – Que la señorita tiene que irse con él.

PATRICIA. – Que no se haga ilusiones... No me entusiasma esa clase de vehículos.

LUPE. – A mí tampoco.

JOSUE. – Y que si no va la señorita, tendrá que ir otra persona de la casa a responder por la infracción.

PATRICIA. – ¡Ah!, ¿sí?..., ¡Admirable!... ¡Otto!... ¡Hazme ese otro favor!

OTTO. – ¿Cuál?... ¿Cuál?...

PATRICIA. – Vete con el motociclista.

OTTO. – ¿Paga dónde?

PATRICIA. – A pagar la multa.

OTTO. – No es buena ocurrencia... Pego si no hay distinto guemedio...

(*Salen OTTO y JOSUE por la derecha*).

LUPE. – ¡Ese hombre es un tesoro!.. ¡Te envidio!

PATRICIA. – Es el único con quien me casaría sin miedo.

LUPE. – Ahora sí te hallo la razón de que prefieras siempre lo extranjero.

(*Entra PAQUITO enfurecido*).

PAQUITO. Vamos a poner esto en claro... ¡Ya!... ¡Ahora mismo!

LUPE. – (*A PATRICIA*). ¡Fíjate!

PATRICIA. – ¿A poner en claro qué?

PAQUITO. – Lo que acaban de hacer.

PAKILIA. – ¿Teníamos que pedirle permiso para estrellarnos?

PAQUITO. – Ya sé por qué se estrellaron.

LUPE. – No fue porque yo agarrara el timón, sino porque en ese momento Patricia hizo un cambio.

PAQUITO. – ¡Quién sería la del cambio!

LUPE. – (*Altanera*). Supongamos que fui yo. ¿Y qué?

PAQUITO. – ¿Ibas o no con Nono García?

LUPE. – Sí... ¿Y qué?

PAQUITO. – ¿Te estaba él abrazando, o no?

LUPE. – Vaya a preguntárselo a Niní Correa, ya que estuvo ayer con ella todo el día.

PAQUITO. – Lo que pasa es que ya estoy harto de su coquetería.

LUPE. – Y yo de sus celos ridículos.

PATRICIA. – ¡Uy, qué hombre!... No me lo aguantaba yo ni un segundo.

PAQUITO. – Usted no es más que una coqueta descarada, y no quiero saber más de usted... y ahora mismo se larga de mi casa... porque no quiero volverle a ver la cara... Y me voy ahora mismo a buscar a Niní Correa. ¿Y qué?

LUPE. – Usted es un vagabundo y un sinvergüenza, y si estoy aquí no es por usted sino por Patricia. Y sepá que me quedo mil veces con Nono García, o con el primero que vea en la calle, que por infeliz será mucho mejor que usted. ¿Y qué?

(*Entra ROGELIO*).

ROGELIO. – (*Interponiéndose*). Calma... Calma... Evitemos otro choque.

PAQUITO. – ¡Ahí quién va a chocar!... ¡A lo sumo una embarrada!

LUPE- ¿Oyes, Patricia.... ¡Es el colmo! (*Rompe a llorar y sale por la izquierda*).

PAQUITO. (*Tomando su sombrero*)... ¡Lo que siento es que todas no se hayan matado!

(*Sale PAQUITO por la derecha*).

ROGELIO. – ¡Qué deseo de atormentarse la vida, cuando no traigo sino buenas noticias!

PATRICIA. – ¿Viste cómo quedó el carro?

ROGELIO. – --- Hecho pedazos... Pero estaba asegurado... Te lo devolverán como nuevo.

PATRICIA. – ¡Qué sorpresa!... ¿Y la infracción?

ROGELIO. – Me la acaban de perdonar... Y mañana te dan el pase.

PATRICIA. – ¡Eres adorable!

ROGELIO. – ¿Quieres otra sorpresa?

PATRICIA. – Sí... Dila.

ROGELIO. – Compre el caballo negro... el que te gustó tanto.

PATRICIA. – ¿De veras?

ROGELIO. – Es tuyo.

PATRICIA. – ¿Cuándo puedo montarlo?

ROGELIO. – Hoy mismo.

PATRICIA. – ¿Dónde está?

ROGELIO. – Cerca de aquí... en mi finca de la sabana... Podríamos ir a pasar allá la tarde, para festejar el accidente.

PATRICIA. – Maravilloso..., Y llevamos a Félix y a Julieta ...

ROGELIO. – Y a Lupe... ya Paco... Hay caballos para todos...

PATRICIA. – A Paco no. . A Nono García, para que el otro rabie.

ROGELIO. – Si eso te divierte...

PATRICIA. – Y a Otto... ¿Lo llevamos?

ROGELIO. – Le pedí el favor de que fuera a llenar todas las formalidades del reclamo a la Compañía de Seguros.

PATRICIA. – Fantástica idea... Así estamos seguros. Voy entonces a cambiarme.

(**Entra ATALA**).

ATALA. – ¿Para qué?

ROGELIO. – Estamos improvisando un programa,

PATRICIA. – Vamos a la finca de Rogelio... A montar a caballo.

ATALA. – Lo siento; pero me opongo. Después de lo ocurrido, no quiero hoy otro accidente.

PATRICIA. – Mamá: ¿por qué siempre has de estar buscando la manera de contrariarme?

ATALA. – Porque no acabas de hacer una locura cuando ya estás proyectando la otra.

PATRICIA. – ¡Qué desesperación... . Espérame un momento, Rogelio... Me cambio en minutos.

(Sale PATRICIA por la escalera).

ATALA. – Rogelio: es preciso que esto termine.

ROGELIO. – ¿Lo nuestro.... Me pregunto si no hemos comenzado a inhumarlo.

ATALA. – Bien sé que es así.

ROGELIO. – ¿Entonces?

ATALA. – Me refiero a Patricia.

ROGELIO. – ¿A Patricia?

ATALA. – Nuestra aventura puede ser ya un hecho cumplido. Nada te reclamo, si acaso es recuerdo demasiado ingrato... Pero a mi hija, déjala en paz.

ROGELIO. – ¿Qué estoy haciendo para intranquilizarla?

ATALA. – Todo lo que el papá le niega, se lo das tú... Comenzando por el tal convertible.

ROGELIO. – ¿Es un crimen, que yo reemplace al papá?

ATALA. – ¡Al papá!...Con tus propios hijos no eres tan generoso.

ROGELIO. – Pero... Tratándose de una hija tuya...

ATALA. – ¡No mientas!

ROGELIO. – ¡Buen motivo de celos has inventado!

ATALA. – ¡Qué lejos estoy ya de los celos, si de ti se trata!

ROGELIO. – Comprende que entre Patricia y yo, no hay, no puede haber sino el más noble, el más inocente de los afectos. ¿Y he de renunciar a él sólo por una suspicacia tuya?

ATALA. – Suspicacia no es.... Y no me obligues a violentarme.

ROGELIO. – Sería inconducente... Y absurdo.

ATALA. – Abusas de que ella no tiene un padre capaz de enfrentarse a ti.

ROGELIO. – Haría mal en enfrentársele a la persona a quien le debe parte de su fortuna.

ATALA. – ¡Cínico!

ROGELIO. – ¡No tienes derecho a hablarme así!

ATALA- Entiendo... No lo tengo, porque tú mismo me lo has quitado. ¿No es así.... Pero sea como fuere, te repito: ¡Con Patricia no! ... Estoy resuelta a defenderla.

ROGELIO. – ¿De mí?...

ATALA. – Y si no me oyes, tendrás que oírlo a él.

ROGELIO. – ¿A quién?

ATALA. – A mi marido... ¡Se lo diré!

ROGELIO. – ¿Todo?...

ATALA. – ¡Todo!... Pase lo que pase...

ROGELIO. – Inténtalo.

ATALA. – Hablas en tono de amenaza.

ROGELIO. – No, Serenamente.

ATALA. – Comprendo... Quién sabe hasta dónde irías... serenamente... para ponerte a salvo.

ROGELIO. – Aun no sé lo que haría... A lo mejor, nada... Pero me lanzas un reto, y me pongo en guardia... Hábllale cuánto quieras.

ATALA. — . — Comprendo que estoy indefensa, y que son muchas tus armas contra mi... Sólo me queda el recurso de la súplica... Rogelio: si hay en ti algo de bondad, compadéceme... Te lo pido humildemente... Por el afecto sincero que te tuve, Rogelio, sigue tu camino y déjanos tranquilas, sin más remordimientos... Te lo ruego: no vuelvas más.

ROGELIO. — Pides demasiado...

(*Entra CESAR*).

CESAR. — Muy buenas tardes, tía... Señor...

ROGELIO. — ¡Oh!, mi teniente!... ¡Lo felicito!... Sé que lo han destinado a Bogotá en muy buenas condiciones.

CESAR. — Me halaga, por estar cerca de los míos.

ROGELIO. — Y estamos trabajando algo más: su próximo ascenso.

CESAR. — Mucho agradezco lo que haga usted en tal sentido; pero no desearía prosperar por influencia extraña, sino por mis propios méritos.

ROGELIO. — ¿Le parece a usted poco, haber luchado en el Lejano Oriente?

CESAR. — Ya me premiaron con una cruz... Y con la satisfacción del deber cumplido.

ROGELIO. — Pero... Mientras usted va llevando su cruz, muchos que se han distinguido menos le van ganando en el escalafón, por simple influencia política,

CESAR. — Créame usted que no los envidio.

ROGELIO. — En todo caso, tengo vara alta... Y estoy a sus órdenes.

CESAR. — Gracias... Y con su permiso...

(*CESAR sube la escalera*).

ATALA. — También a él quieras atarlo a tu carroza de triunfador. . .

ROGELIO. — Siempre has de interpretar mal mi afán de atender a los tuyos... Pensaban mandarlo a los Llanos... Bien sabes que eso es casi una sentencia de muerte... Influí para que enviaran a otro... Pero si quieras que retire mi influencia...

ATALA. — (*Desesperada*). Haz lo que quieras... ¡Pero vete!.... ¡Vete, Rogelio!

ROGELIO. – Me voy, sí... a poner gasolina, porque la que tengo no alcanza para el viaje de ida y vuelta... Dile a Patricia que vengo a buscarla dentro de cinco minutos.

(Sale ROGELIO).

ATALA. – ¡Josué!... ¡Josué!

(Entra JOSUE).

JOSUE. – ¿Mi señora?

ATALA. – Si regresa ese señor que acaba de salir, no le abra la puerta.

JOSUE. – Está bien, mi señora.

ATALA. – ¡Por ningún motivo!

JOSUE. – Como mande la señora.

(Sale ATALA) ¡Asunción!

(Entra ASUNCION).

ASUNCION. – ¡Josué!... Óyeme ora sí.

JOSUE. – Óyeme primero... Nos van a meter en la grande.

ASUNCION. – ¿En otra?

JOSUE. – La señora Atala ordenó que no le abramos la puerta a don Rogelio.

ASUNCION. – Por mí, que se vaya con la música a otra parte.

JOSUE. – ¿Pero no ves que dicen que él es quien hace y deshace... Y que maneja la violencia como una cajita de música?...

ASUNCION. – Y que hasta le saca muy buen partido.

JOSUE. – Lo trancamos, y mañana le meten fuego a la casa y no dejan arrimar los bomberos.

ASUNCION. – Ojala se acabe todo de una vez pa salir del susto. ¡Qué horror!

JOSUE. – ¿Por qué?... ¿Qué te pasa?

ASUNCION. – Tan tranquila que taba yo aquí... Voy donde el médico, pa sacar el carné, y me dijo que lo mío no era romatismo, sino...

JOSUE. – ¿Qué?

ASUNCION. – ¡Un niño!

JOSUE. – ¡No!

ASUNCION. – Yo sí sospechaba...

JOSUE. – Pero sí no hemos hecho más que ir a cine tres veces...

ASUNCION. – ¿Y quien está diciendo lo contrario?

JOSUE. – Ni que yo juera... Tridimensional.

ASUNCION. – ¿Y quién ha dicho que es hijo tuyo?

JOSUE. – Entonces... ¿Qué tengo yo que ver con eso?

ASUNCION. – Ven a la cocina y te lo explico.

JOSUE. – Tengo que irme para el jardín... Explícaselo al papá.

ASUNCION. – (*Llorando*). ¿No ves que lo mataron?... Es de mi marido.

JOSUE. – Ahora sí veo que la cosa es grave... Nadie va a creer... Que me echan la culpa, me la echan, porque ya está la malicia andando... Y si mi teniente se entera, eso va a ser pior que un nueve de abril...

ASUNCION. – ¿Qué me aconsejas.... ¿Cambio de casa?

JOSUE. – Sí... Y de niño también... Antes de que me lo atribuyan.

ASUNCION. – Lo malo es que endespués no me darán trabajo en ninguna parte... Yo sé coger café; pero, ¿Quén se va ahora pal campo?... ¿Qué hago, JOSUE?... Aconséjame, que no tengo naiden más a quén volver los ojos.

JOSUE. – ¿Los ojos?... ¡De ahí pa abajo!

ASUNCION. – Por lo mismo... Ven a la cocina y seguimos hablando....

JOSUE. – Si en el cine nada más me pasa eso, en la cocina resultas con quíntuples.

(Sale JOSUE y entran CANDIDA y CESAR).

CANDIDA. – ¿Se fue ese señor?

ASUNCION. – Sí, mi señora...

(Sale ASUNCION).

CANDIDA. – Bendito sea Dios... Me exaspera ver ese hombre metido aquí en la casa a cada instante.

CESAR. – Díselo... Si el jefe de la familia está ausente, te corresponde a ti asumir el mando.

CANDIDA. – ¡Qué voy a atreverme!

CESAR. – Se lo diré yo entonces.

CANDIDA. – Te expones.

CESAR. – ¿A qué?

CANDIDA. – ¡Es persona tan influyente!

CESAR. – No le temo al peligro.

CANDIDA. – Yo sí, en todo lo que a ti se refiera. Nada más me queda en el mundo.

CESAR. – ¿Qué hacemos entonces?... Todo, menos quedarnos con los brazos cruzados.

CANDIDA. – Obremos con prudencia,

CESAR. – Cuando se trata de tu tranquilidad, me cuesta trabajo ser prudente.

CANDIDA. – No es sólo mi tranquilidad lo que te preocupa.

CESAR. – Explícate...

CANDIDA. – -También la tuya... Y eso aumenta mis temores.

CESAR. – No entiendo.

CANDIDA. – A ti te fastidia más que a mí ver aquí a ese hombre.

CESAR. – No lo niego.

CANDIDA. – . . . Y ver su excesiva devoción por Patricia.

CESAR. – Auténtico.

CANDIDA. – Porque estás celoso... Y eso puede hacerte perder los estribos.

CESAR. – Tanto allá no, mamá Cándida... Soy de caballería.

CANDIDA. – Pero estás enamorado de ella más de lo que tú mismo quisieras, ¿No es así?... Mírame... Confíésamelo al fin.

CESAR. – Sí, mamá Cándida.

CANDIDA. – Entonces... ya sé cuál es el camino más indicado.

CESAR. – ¿Cuál?

CANDIDA. – Háblale francamente a ella.

CESAR. – ¿A Patricia?

CANDIDA. – Sí.

CESAR. – ¿Lo crees oportuno?

CANDIDA. – ¡Díselo ya!

CESAR. – ¿Ya?

CANDIDA. – Ahora mismo... Presiento que has de conmoverla.

CESAR. – Déjame pensar.

CANDIDA. – No lo pienses. Imagina que recibes una orden militar, para entrar en combate... ¿No dices que debo ser el jefe de esta casa?

CESAR. – Efectivamente.

CANDIDA. – Pues empiezo a dar órdenes... ¡Patricia!

PATRICIA. – (*Dentro*). ¿A ver?

CANDIDA. – ¡Ven acá!... ¡Pronto!

(**Entra PATRICIA**)

PATRICIA. – ¿Qué ocurre?

CANDIDA. – Cesar quiere hablarte.

PATRICIA. – Lo sospechaba... Tenían que intervenir al fin en esto las fuerzas armadas. ¿Vas a regañarme por tu cuenta?... Date prisa, pues, porque voy a salir.

CESAR. – Siéntate...

CANDIDA. – Ahí los dejo.,

PATRICIA. – (*Sentándose*). ¡Ah!... ¿Es a solas?

(Sale **CANDIDA** haciendo señas).

CESAR. – Sí.

PATRICIA. – (*Riendo*), ¡Peligroso!

CESAR. – ¿Te asusta?

PATRICIA. – Sí... Porque tienes cara de mala noticia.

CESAR. – Es posible... En todo caso, se trata de cumplir una orden superior.

PATRICIA. – Ya sé... Van a arrestarme.

CESAR. – Eres libre como el aire.

PATRICIA. – (*Irónica*). ¡Qué generosidad!

CESAR. – Se trata tan solo de una notificación.

PATRICIA. – ¿No más?... Dila pronto, para salir del susto.

CESAR. – Patricia... ¡Te quiero!

PATRICIA. – Nunca lo he puesto en duda... Pero, ¿cuál es la notificación?

CESAR. – Esa. ¡Que te quiero!

PATRICIA. – ¿Por orden superior?

CESAR. – Todos vivimos a órdenes de nuestros propios sentimientos, Regresé soltero del Japón porque no podía olvidarte.

PATRICIA. – (*Lo mira sorprendida, y luego suelta a reír*). Y ésta... ¿es la primera notificación?

CESAR. – Terminante.

PATRICIA. – Cuidado te sucede como con las cartas recomendadas: Que a la tercera notificación las devuelven al remitente por no haber habido quien las reclame.

CESAR. – No te preocupes... No espero respuesta.

PATRICIA. – ¡Qué conformidad!

CESAR. – Me basta con que desde hoy sepas la verdad.

PATRICIA. – ¿Tan insípidamente?

CESAR. – ¿Quieres condimento.... Añadiré que tu novio me parece un idiota.

PATRICIA. – Es lo que más me gusta de él. De manera que si quieres reemplazarlo, ya conoces la fórmula.

CESAR. – No es mi propósito hacer tu voluntad, ni menos tu capricho.

PATRICIA. – ¡Qué gentil!

CESAR. – Y añadiré que me fastidia el resto del cortejo.

PATRICIA. – Entiendo... Proyectan sacarme de mi ambiente y llevarme a un cuartel... o a un colegio de monjas (**carcajada**).

CESAR. – Aún no proyecto nada. Fijo apenas mis puntos de vista... El que yo te quiera nada tiene que ver con la posibilidad de que resuelvas también quererme como en otros años...

PATRICIA. – Hablas del amor como quien instruye reclutas... ¿No será mejor que des media vuel...?

CESAR. – Prefiero estar a tu lado... a discreción.

PATRICIA. – ¡Entonces... Alinear...se!

CESAR. – ¡Encantado!... Desde hoy cuentas con uno más en tu corte de admiradores.

PATRICIA. – (*Después de mirarlo hondamente*). ¿Y si me diera por quererte otra vez?

CESAR. – (*Cálido*). Te haría feliz.

PATRICIA. – No creo,... Eres muy absorbente.

CESAR. – ¿No lo fui cuando se juntaban nuestras cabezas ante un nido y nuestras manos ante un peligro?... ¿Cuando nos besábamos tan dulcemente oyendo el ruido del agua, a la sombra de los limoneros?...

PATRICIA. – Te pusiste romántico... Menos mal.

CESAR. – (*Reaccionando a lo militar*). Por un instante... Perdón, si te ha disgustado.

PATRICIA. – No. Me fascina.

CESAR. – Cuando te parezca aburrido o cursi el romanticismo, volveré al tono militar.

PATRICIA. – ¡Qué comprensivo!

CESAR. – Hoy, al menos, pienso serlo hasta la exageración... Hoy harás lo que se te antoje... Irás al paseo... Irás con quien quieras... ¡Me limitaré a ser tu edecán.

PATRICIA. – ¿Y si te destierran otra vez?

CESAR. – Me iré pensando: Quiero a una mujer... Y volveré... Y ella será mía... ¡Sólo mía!

PATRICIA. – ¿Aunque ella no te acepte?

CESAR. – Me aceptará.

PATRICIA. – ¿Por la fuerza?

CESAR. – Más bien por disciplina.

PATRICIA. – ¿Tengo entonces que hacer servicio militar obligatorio?

CESAR. – Tanto allá no... Pero sí marcar el paso.

PATRICIA. – ¿Cuál?

CESAR. – El de nuestros antepasados... El de las familias ilustres que florecieron sobre esta tierra con toda su bondad y toda su energía.

PATRICIA. – ¿Cuánto apostamos a que no?

CESAR. – ¿Cuánto apostamos a que sí?

PATRICIA. – Te haces ilusiones.

CESAR. – No tantas como tú.

PATRICIA. – Si no eres más que un militarcito pedante.

CESAR. – Y tú no eres más que una chiquilla desorbitada.

PATRICIA. – Malo... Ya vamos a pelear... Pongámosle fin a esta discusión con un beso, ¿quieres?

CESAR. – ¿No he de querer?

PATRICIA. – (**Le toma la cara con ambas manos**).. ¿Sabes besar ya?...

CESAR. – No es mi arma... Pero me gustaría aprender...

PATRICIA. – Así... Una cara para un lado y otra para el otro. (**Entregándose**). Mi amor...

CESAR. – (**Vencido**). ¿Me quieres de veras?

PATRICIA. – (**Carcajeándose**). ¡Qué falta de experiencia!... Después hablan de los hechizos del Lejano Oriente... Y lo tomaste en serio, ¿no digo?... Eres más ingenuo de lo que yo creía.

CESAR. – (**Azorado**). Es posible.

(**Entra FELIX con JULIETA y LUPE**).

FELIX. – He trabajado con el mejor de los éxitos. ¿No es cierto, Julieta?

JULIETA. – Siiii...

FELIX. – Quedó perfectamente reajustada, ¿no es así?

JULIETA. – Siiii...

FELIX. – ¿Me quieres más que ayer y menos que mañana?.

JULIETA. – Siiii...

FELIX. – Fíjense: si me hubieran confiado el convertible estrellado, ya estaba andando.

(*Entran OTTO y PAQUITA*).

OTTO. – Ya están avisados los seguggos... Componen el caggo y el camión y pagan los vidgios gotos...

FELIX. – Ya no falta sino esta parejita por componer...

PAQUITO. – (*Furioso*) ¡Oye, Lupe!

LUPE. – No oigo...

PAQUITO. – No. No creas que he venido a buscarte...

LUPE. – Ni imagines que yo te estaba esperando.

FELIX. Bien... ¿Y cuál es ahora el programa?

PATRICIA. Esperamos a Rogelio para ir a su finca de la sabana, a montar a caballo.

LUPE. – ¡Rico!... Voy a avisarle a Nono García.

PAQUITO. – ¡No!

LUPE. – He dicho que sí.

PAQUITO. – He dicho que no.

LUPE. – Avísele usted a Niní Correa...

FLLIX. Vengan acá... Vengan acá, les aprieto las tuercas...

(*Entra ROGELIO*).

ROGELIO. – ¿Lista, Patricia?

PATRICIA. – ¿No lo ves?

ROGELIO. – Vamos entonces...

(Entra ATALA, solemne)

ATALA. – -Lamento tener que repetirle, Rogelio, que mi hija no sale más ahora.

PATRICIA. – ¿Y por qué no, mamá?

ATALA. – Preferiría no dar explicaciones.

PATRICIA. La razón es que hemos de hacer tu capricho?

ATALA. – Admitamos que sea así.

CESAR- Hoy estamos en desacuerdo contigo, tía,

ATALA. – Si sabes que se acaban de estrellar...

CESAR. – Por lo mismo. Que las tumben ahora los caballos. Salimos en un solo día de todos los accidentes y quedamos tranquilos... ¿No opinas como yo, Félix?

FELIX. – ¡Claro que sí!

CESAR. – (**A JULIETA**). ¿Y usted?

JULIETA. – (**Arrebatada**). ¿Yo?... Pues, Siiii...

FELIX. – ¡Funcionamiento perfecto... Ya no falta sino lavarla y engrasarla!

PATRICIA. – Mamá: pero si vamos ahora con Rogelio, que es persona seria y responsable.

ROGELIO. – Sí... Asumo toda la responsabilidad.

ATALA. – Entonces... hablaré con más claridad...

CESAR. – No es necesario, tía. Yo también la asumo... Me incorporo al grupo... Tengo interés en curiosearle a don Rogelio sus caballerizas...

ATALA. – Pero Cesar: ¿no comprendes que....

CESAR. – Y tú, en vez de empecinarte en esa oposición, vienes con nosotros.

ATALA. – ¿Yo?

CESAR. – Completamos así cuatro parejas... y un anfitrión.

PATRICIA. (**A ROGELIO**). ¡Qué ocurrencia la de Cesar! ¡Lo echó todo a perder!

LUPE- (*Tomando del brazo a PAQUITA*). Nosotros nos vamos con usted, en el campero.

CESAR. – ¡Admirable!

PATRICIA. – (*Rabiosa*). Sí. Admirable.

FELIX. – ¿A ti te gusta montar en campero?

JULIETA. – ¡Uy! Nooo...

FELIX. – ¡Caramba! Se dañó otra vez...

PATRICIA. – Lo único que faltaba es que se te ocurra llevar también a mamá abuela.

CESAR. – ¡Admirable idea.... Completaremos así cinco parejas y el anfitrión no estará solo... ¡Mamá Cándida!.... ¡Mamá Cándida!.

PATRICIA. – ¡Era lo que faltaba!

CESAR. – Y si quiere, llevamos también el retrato de la bisabuela, que era hija de próceres, amiga de las tertulias santaferéñas y de las cabalgatas veraniegas.

(*Entra CANDIDA*).

CANDIDA. – ¿Qué quieres, Cesar?

CESAR. – Que vengas con todos nosotros.

CANDIDA. – ¿A dónde?

CESAR. – A presidir una cabalgata...

CANDIDA. – ¡Jesús me asista!

CESAR. – ¿Tiene usted todavía en su finca monturas de orquesta, don Rogelio?

ROGELIO. – Creo que sí...

CESAR. – Entonces, todos a bordo... ¡Pronto!

(*Salen ROGELIO, ATALA, PATRICIA, Paco, LUPE, FELIX, JULIETA y OTTO*).

CANDIDA. – Pero... ¿Qué es lo que voy yo a hacer allá, entre esa gente?

CESAR. – ¿No me diste una orden?... Pues ya no podemos echar pie atrás. Ven a dirigir esta batalla.

CANDIDA. – ¿Le dijiste?

CESAR. – Sí... Y esta tarde se lo repetiré hasta el cansancio.

CANDIDA. – (*Entusiasmada*). Vamos, si... Vamos.

CESAR. – Vamos, mamá Cándida...

TELON RAPIDO

ACTO TERCERO

Casa de campo en clima medio, cerca a Bogotá, con horizontes andinos al fondo.

En escena, vestidas de hito, CANDIDA tejiendo y ATALA leyendo ávidamente la prensa.

CANDIDA. – ¡Deja esos periódicos... ¿Qué logras con leerlos y releerlos a toda hora, y estar viendo esas fotografías de la tragedia?

ATALA. – No sé... Porque ni siquiera encuentro alivio... Al contrario.

CANDIDA. – No vas así a resucitar a tu marido. . . Piensa que Dios quiso llevárselo, sea como fuere, y acepta cristianamente tu viudez.

ATALA. – Trato de hacerlo así; de conformarme cristianamente, como tú dices, y se me pone por delante esa infamia que no puede quedar impune.

CANDIDA. – Reflexiona más bien, y perdóname si soy dura contigo, que no supiste atraerlo y retenerlo a tiempo. ¡Así me tocó hacerlo a mí tantas veces en mi juventud!

ATALA. – No estuviste, como yo, arrollada por esta epidemia de inmoralidad que hoy destroza al país, que pervierte las más sanas intenciones a pesar de tanto alarde de cristianismo.

CANDIDA. – Razón de más para que te refugies en el temor de Dios.

ATALA. – Ojala pudiera. Lo que me domina a toda hora es la horrible certidumbre de que a mi marido lo mataron.

CANDIDA. – Sigue, pues, tu obsesión.

ATALA. – ¡A mi marido lo mataron! ¡Lo mataron en momentos en que trataba de reaccionar con valor y nobleza; en que íbamos mutuamente a perdonarnos, .. Y talvez en rehacer en algo nuestro hogar para defender a Patricia... ¡Lo mataron cobardemente para que no hablara!

CANDIDA. – En fin: ¿Vamos a convertir una desgracia que no tiene remedio en tema de discusiones inútiles?.. Piensa ante todo en que te queda una hija y en que debes velar por ella... Y confía también en que todos estos sufrimientos te estarán preparando una vida mejor... Todavía eres joven.

ATALA. – ¡Una vida mejor!... ¡Demasiado optimismo!

(***Entra ASUNCION con un canasto lleno de frutas***).

ASUNCION. – ¡Qué trabajo pa cosechar algo, mi señora....

CANDIDA. – Y antes no se daba abasto para hacerlo en este mes de junio.

ASUNCION. – Viera mi señora esos pobres naranjos, entre la maleza, que casi hay que adivinarlos... y las plataneras sin esbaierar... y los caminos entre el monte, que teníamos que abrirnos paso a la fuerza.

CANDIDA. – ¿Teníamos?... ¿No ibas sola?

ASUNCION. – Jue que... como no se podía pasar, Josué se comidió a irme rozando...

CANDIDA. – Estoy cansada de advertirles que no me anden solos por ahí...

ASUNCION. – Es que... mi señora... No jue sino pa allanarme los caminos... Y como se va a casar con yo...

CANDIDA. – Que se case primero... no sea que por andar de acomedido, resultemos con niño antes de tiempo...

ASUNCION. – (Tapándose la cara). ¡Ay, mi señora!... Taria yo pa dirrespetar la memoria de mi Ambrosio...

CANDIDA. – ¿Encontraste huevos siquiera?

ASUNCION. – De güevos ni hablamos... Y de gallinas mucho menos... Los cuidaderos dicen que a casi todas se las comió el zorro... Sería el de dos patas.

CANDIDA. – Sea como sea, me alegra estar aquí en mi vieja casa de campo, de donde no he debido salir.

ASUNCION. – Aquí por fortuna nada ha pasao... Viera mi señora las fincas vecinas, que antes taban tan bien cuidadas.... Aunque dicen que el gobierno prohibió las quemas, no se ven sino ranchos quemaos.

CANDIDA. ¡Señor. ¡Señor! ¿Dónde están los que deben velar por tu doctrina?

ASUNCION. Y vieran sus mercedes mi rancho, que con tanto trabajo hizo Ambrosio antes de que lo mataran, cargando él mismo las guaduas y el palmiche... (**Llora**). No quedaron sino cenizas, y trapos achucharraos entre la hierba... ¡Todo sea por Dios!... El quera que cambien los tiempos.

CANDIDA. – Ya lo ves, Atala... Ella perdió más que nosotros, y nos da ejemplo de resignación y esperanza.

ATALA. – ¡Bien las necesito!

(**Entran CESAR y FELIX**).

FELIX. – ¡Qué bárbaro! ¡Qué bárbaro este hombre!... Me ha hecho cabalgar desde la madrugada, sin descanso.

CESAR. – Para desintoxicarte... y para que vuelvas los ojos al paraíso que abandonaste.

FELIX. – No faltaba más, sino que me pusiera ahora a luchar contra los rateros, los bandoleros y los matones del pueblo.

CESAR. – Tu cura mental exige ese esfuerzo heroico. ¿No lo crees así, tía Atala.

ATALA. – (**Evasiva, leyendo de nuevo**). Quizá...

CANDIDA. – Y viene el pobre bañado en sudor,

CESAR. – Señal de que ya está soltando toxinas.

FELIX. – Agua, que me ahogo.

CANDIDA. – Yo misma voy a prepararle una limonada... Ven conmigo, Asunción.

(Salen **CANDIDA** y **ASUNCION**).

FELIX. – Esta es nuestra última excursión... Ya los acompañé unos días... Mañana regreso a Bogotá, a atender mis negocios.

CESAR. – En otros años, ¿no eras tú quien me obligabas a seguirte por encrucijadas y pedregales, para enseñarme cómo era de bella y pródiga esta tierra?

FELIX. – La situación era distinta.

CESAR. – Para volver a los viejos tiempos, los hombres como tú deben colocar otra vez los músculos, los nervios y el corazón en su puesto.

FELIX. – Lo que estás haciendo es desajustándomelos más de lo necesario... Y alborotándome el ácido úrico... ¿No lo crees así, Atala?

ÁTALA. – (**Abstraída**). No les he puesto atención.

FELIX. – Antes eran agradables estas excursiones, no lo niego... Los senderos limpios; los campesinos alegres en medio de su pobreza, ofreciéndonos lo que tuvieran... Si no había riqueza, había tranquilidad... Ahora las gentes se esconden, el café se pierde o se lo roban; hasta los gozques tiemblan al vernos pasar, tanto más al notar que éste lleva uniforme.

ATALA. – Es lo natural.

FELIX. – Y lo peor es que de pronto cualquier antisocial vengativo nos dispara desde su escondite.

CESAR. – ¿Has sentido miedo también?... ¡Admirable!

FELIX. – ¿Qué?... ¿Quieres también entrenarme para que me manden a Corea, dizque a defender una democracia que aquí se acabó si acaso existió alguna vez?

CESAR. – Quiero volver a los días en que me dabas buenos consejos... ¡Tienes que ser hombre!, me decías, dándole un latigazo al caballo y haciéndole saltar espinos y cercas.

FELIX. – ¿De manera que esto es una venganza?

CESAR. – Es gratitud.

FELIX. – ¡De la peor!

CESAR. – También yo quiero decirte ahora: Tienes que ser hombre, y no simple parásito de la iniquidad... Vuelve a ser el hidalgo campesino entre sus perros y sus fieles servidores... Aspiro hasta... A verte casado.

FELIX. – ¿También?

CESAR. – Aunque sea con Julieta, que es tu última etapa galante.

FELIX. – ¡Si me vine huyendo de su condescendencia!

CESAR. – Entonces, con una de tus antiguas arrendatarias...

FELIX. – Menos... Son el extremo opuesto... Lucha uno para darles lo que más desean, y no saben decir sino... noooo... nooooooo...

(**Entra ASUNCION con una jarra de limonada**).

ASUNCION. – Aquí tienen.

FLLIX. (**A ASUNCION**). Voy a beberme toda la jarra en aquella hamaca. Tráemela acá.

(**Salen FELIX y ASUNCION**).

CESAR. – ¿Cómo te sientes hoy, tía?

ATALA- Pase la noche en claro, como siempre... Con mi horrible obsesión.

CESAR. – Desde mañana te obligaré a salir con nosotros... También tú necesitas sol, actividad... y... ¿quién sabe?... Hasta novio...

ATALA. – (**Sonriendo amargamente**), Me haces reír a la fuerza.

CESAR. – El viejito no estaría mal, como colindante que ha sido siempre contigo, en haciendas y en fiestas.

ATALA. – (**Ríe con más ganas**).

CESAR. – ¿Ríes?... Señal de que acerté... Hasta me dan deseos de dirigir esa escaramuza.

ATALA. – ¡Qué horror.... ¡Vete más bien otra vez a hacer víctimas al otro lado del Pacífico!

CESAR. – ¿Vienes mañana a pasear con nosotros?...

ATALA. – Prefiero quedarme aquí, con mi obsesión.

CESAR. – Espíchala, como si fuera una araña venenosa.

ATALA. Siento más bien que crece... Porque mi marido no se mató, César.

CESAR. – ¡Y vuelta a las mismas!

ATALA. – Y el que lo mandó matar, se pasea impunemente, fingiendo honradez y planeando nuevos crímenes.

CESAR. – ¿Sospechas de...

ATALA. – ¡De Rogelio!

CESAR. – ¿Habrá un lance entre ellos?

ATALA. – Rogelio no es tan valeroso. A nada ni a nadie se le enfrenta cuando corre peligro; ni asume ninguna responsabilidad directa. Se limita a sacar partido de las circunstancias y a eliminar fríamente todo lo que le incomode... Para él, ante su conveniencia o su antojo, nada significa la vida de uno, de cien o de millares de seres humanos.

CESAR. – ¿No será el tuyo un exceso de suspicacia?

ATALA. – Es convicción... Sé, además, que estoy a merced de él, y que él lo sabe y lo goza... Hizo todo lo posible por arruinarnos, como quien cerca al enemigo que ha de recibir el golpe de gracia... ¡Y vendrá!... ¡Vendrá!

CESAR. – Esperemos a que venga; y entonces...

ATALA- Cesar: si ese hombre se presenta aquí, y no lo echas como a un perro, ¡lo mato!

CESAR- Sería error... aún en el caso de que él fuera el asesino.

ATALA. – ¡Lo es!

CESAR. – ¿Qué lograríamos con una cadena interminable de represalias?... ¿Llevar este país al abismo?

ATALA. – . – ¿Ha de quedar entonces impune ?

CESAR- ¡Nadie queda impune! ¡Nadie!... Pero la venganza es arma que los seres humanos no sabemos esgrimir, Por eso la condenan; no por injusta, sino por inepta... En cambio, hay leyes sobrenaturales que están por encima de nosotros, que rigen nuestros destinos y que todo lo premian o sancionan, sin dejar atrás un átomo de injusticia...

ATALA. — No sé... No me hables más... Déjame sola... Déjame llorar y desesperarme sola.

(Sale ATALA).

CESAR. — ¡Josué!

(Entra JOSUE).

JOSUE. — ¿Mi teniente?

CESAR. — ¿En qué andas ?

JOSUE. — (Asustado). ¿Yo?... En... en... nada, mi teniente.

CESAR. — Deja descansar esos caballos y ensillas otros: La yegua zaina y el bayo.

JOSUE. — Sí, mi teniente... ¿Y después?

CESAR. — Para que no estés de ocioso, échale mano a una peinilla y ayudas a tumbar maleza alrededor de la casa, para ir despejando los prados.

JOSUE. — A ese respecto... Quería yo pedirle a mi teniente... Y a su persona... Es decir...

CESAR. — Abrevia.

JOSUE. — Que si mi teniente vería mal... Que si no han de decir que no... Que yo he pensao... Que me dieran de baja.

CESAR. — ¿Tan descontento estás conmigo?

JOSUE. — No, mi teniente... Es que... Por lo mismo... Como esto ta tan descuidao... Que si mi señora Cándida quiere... A ver si me dejan aquí la cuidanza... Que como uno jue campesino antes de ser soldao... Y por eso quiero golver al campo... Y que con yo la finca si taría bien atendida... Y...

CESAR. — Después de conocer la vida de cuartel, te aburrirías aquí solo...

JOSUE. — Es que... No seria pa quedarme solo... Sino que... Pa que despues que mi General me dé la baja, mi señora me dé... la Asunción.

CESAR. — (Jovial). Pediremos la baja como primera medida. Pero no creo que te la den antes de nueve meses... porque sólo llevas tres de servicio obligatorio...

(Sale CESAR y entra ASUNCION).

ASUNCION. – ¿Qué te dijo?

JOSUE. – ¡Que me jaltan nueve meses.

ASUNCION. – ¡Y yo que ya toy pa cumplirlos!

JOSUE. – Y no van a creer que no es mió...

ASUNCION. – Y lo pior es que mi señora el otro día me miraba y me miraba... Y hasta me preguntó si no tendría gusanos...

JOSUE. – Lo que va a pasar es que nos echan a juntos di aquí.

ASUNCION. – Dios no ha de permitir.

JOSUE. – ¡Haberse atravesao ese muchacho ajeno antes de tiempo!

ASUNCION. – ¡Cómo que ajeno!... ¡Si es último!... ¿O no crees que es de Ambrosio?... ¿O es que vas a empezar a tratarlo mal desdiora?

JOSUE. – ¿O es que vamos a peliar por eso?

ASUNCION. – ¿Eso?... ¿Eso?... ¡Y ora lo trata de "eso", como si juera gasolina, y no un cristiano, lo mesmo que él!

(Sale ASUNCION).

JOSUE. – ¡Pues va a ver que "eso" lo echa todo a perder...

(Entra PATRICIA con pantalones rojos muy cortos y fumando).

PATRICIA. – Josué: ensílleme el caballo negro.

JOSUE. – (Azorado). Es que... mi teniente...

PATRICIA. – ¿Qué tengo yo que ver con su teniente?...

JOSUE. – Es que...

(Entra CESAR).

CESAR. – ¿Qué deseas?

PATRICIA. – Que me ensillen mi caballo negro.

CESAR. – ¿Cuál?

PATRICIA. – El que me mandaron ayer de la finca de Rogelio.

CESAR. – (*A JOSUE*). Ensilla los otros... Los que te ordené.

JOSUE. – SI, mi teniente...

(*Se retira JOSUE*).

PATRICIA. – ¿Por qué no el mió?

CESAR. – Porque no es posible... Se lo llevaron.

PATRICIA. – ¿Cómo?... ¿Quién?... ¿Cuándo?...

CESAR. – ¿Cómo?... Usando el mismo cabestro con que vino... ¿Quién?... El mismo Josué... ¿Cuándo? ... Esta mañana...

PATRICIA. – Pero... ¿para dónde?

CESAR. – Para el coso... ¡Por orden mía!

PATRICIA. – Pero... ¿sabes qué caballo es?

CESAR. – Sí... El que te brincó aquella vez, cuando huías de mí para que no te hablara tanto de amor.

PATRICIA. – Tienes cosas de loco.

CESAR. – Por el contrario. Fue un acto de cordura... No hay aquí pasto para los caballos propios, menos para los ajenos.

PATRICIA. – ¡Pero si no es ajeno!... ¡Bien sabes que me lo regalaron!

CESAR. – Sí... Una persona a quien no debes recibirlle esa clase de atenciones.

PATRICIA. – ¿Por qué no?

CESAR. – Si no te das cuenta, hice bien en no consultarte nada

PATRICIA. – ¡Entrometido!

CESAR. – ¡Por eso mismo! Si quieras montar a caballo, lo haces en el que yo te escoja.

PATRICIA. – ¡Era lo que faltaba!

CESAR. – Así volverías a sentirte ingenua... con la alegría de entonces... Comenzarías por botar ese cigarrillo... (**Se lo raja**) porque estás fumando con exageración... y cambiarías de indumentaria.

PATRICIA. – -¿También?

CESAR. – Quítate esos trapos rojos, que no están de acuerdo con tu luto, y ponte unos pantalones azules... esos que llaman bluyins y que defienden contra los espinos y las garrapatas.

PATRICIA. – No monto, entonces.

CESAR. -- No montes... Lo dejaremos para otra ocasión.

PATRICIA. Sí... Para cuando él venga... Que no debe tardar.

CESAR. . – ¿Quién?

PATRICIA. – (**Agresiva**). ¡Mi novio!

CESAR. – ¡Aja.... Olvidaba que tenías novio oficial... ¿Lo estabas esperando?

PATRICIA. – Sí...Y a Rogelio también.

CESAR. – Veo que andan como siameses.

PATRICIA. – ¿Y qué te importa?

CESAR. – Y vendrán ambos invitados por ti, naturalmente.

PATRICIA. – Si... A eso se fue ayer Paquito.

CESAR. – Has debido consultárnoslo.

PATRICIA. – No faltaba más... Estoy en mi casa.

CESAR. – Te equivocas. Esta es la casa de mamá Cándida.

PATRICIA. – Vete entonces para el cuartel... Y yo para Bogotá.

CESAR. – Ni lo uno ni lo otro; porque mi cuartel es aquí... Y en Bogotá están colmados los orfelinatos.

PATRICIA. – No me faltaría a dónde ir...

CESAR. – Tendrás que hacerlo a pie.

PATRICIA. – Hoy me traen mi convertible, que ya está arreglado.

CESAR. – ¡Ah! ¿sí?... Pues antes de que pase la portada, quedará inútil otra vez... ¡Josué!

(*Entra JOSUE*).

JOSUE. – ¿Mi teniente?

CESAR. – En cuanto veas el convertible de la señorita... El que dicen que es de la señorita, le picas las cuatro llantas...

JOSUE. – ¡Si, mi teniente!...

CESAR. – Y le echas un fósforo encendido en el tanque de la gasolina...

JOSUE. – Como ordene mi teniente...

(*Sale JOSUE*).

PATRICIA. – ¡Me muero de la rabia!

CESAR. – ¿No vas a cambiarte?

PATRI CÍA. – ¡No!

CESAR. – . – ¿Prefieres que sigamos hablando?

PATRICIA. – ¡No!... ¡Y no te aguento más!

(*Entra CANDIDA*).

CANDIDA. – -¿Que no le aguantas más?

PATRICIA. – O se va él de aquí o me voy yo.

CANDIDA. – Te estás aquí, mocosa, bajo llave si es preciso; y a César lo respetas como jefe de la familia... O vas a saber por primera vez quién soy yo... Vas a ver lo que es el buey manso cuando lo acosan.

PATRICIA. – ¡Ah!... ¡Se te contagian las charreteras!

CANDIDA. – Pues si no hay más remedio, me las pongo. (*Agarra la espada con funda y todo*) ...Y te abro la crisma a la próxima insolencia que digas..., ¿Crees que no lo hago?... Vas a ver... (*Levanta la espada*).

PATRICIA. – (Aterrada). ¡Mamá!... ¡Mamá!

CANDIDA. – (Sacando la espada). Aunque llames a todas las mamas habidas y por haber.

PATRICIA. – (Aterrorizada, tratando de huir). ¡Mamá!

(Entra ATALA).

ÁTALA. – ¿Qué son esos gritos?

CANDIDA. – (La espada en alto). Que esta malcriada va a saber al fin quién soy yo... Que no me dejó faltar más al respeto...

ATALA. – Te hace daño exaltarte así.

CANDIDA. – ¡Que me haga daño!... ¡De algo he de morir!

ATALA. – Si te irrespetó, la castigo... Pero dame esa arma...

CANDIDA. – No... (Avanza).

ATALA. – (Interponiéndose). Ven acá, Patricia... Pídele perdón.

PATRICIA. – ¡No!

CANDIDA. – Le enseñaré a pedirlo por las malas... (Avanza más).

PATRICIA. – (Escudándose tras de CESAR), ¡Quítasela, César!

CESAR. – Dame esa espada, mamá Cándida... No sabes manejarla y es peligrosa...

CANDIDA. – Déjame darle siquiera un planazo. No estoy tranquila mientras no le rompa algo.

CESAR. – Para esto sirve más la escoba de Asunción.

PATRICIA. – (Da un grito de terror).

CESAR. – (Protegiéndola). Respondo de que ella no volverá a levantarte la voz.

CANDIDA. – ¡Que se atreva!

ATALA. – Ven, mamá... Ven...

(**Salen CANDIDA y ATALA**).

CESAR. – (Abrazándola). ¡Ya lo ves!... ¡Me debes la vida!... ¿Cómo vas a pagarme?

PATRICIA. – Suéltame.

CESAR. – (Estrechándola). Ve a reconciliarte con ella.

PATRICIA. – ¡que me sueltes!

CESAR. – No es por galantearte, sino por protegerte... Si ella regresa...

PATRICIA. – (Lloriqueando, acobardada). Te ruego que me dejes ir...

CESAR. – Veo que te sentó el desplante... Ya hablas con más comedimiento... Pero, ¿cómo dejarte sola en tan violenta situación?... Vamos, ahora sí, a montar los dos a caballo.

PATRICIO. – Lo peor es que tengo un deseo loco de montar.

CESAR. – ¿Y quién te dice que no?

PATRICIA. – Pero en mi caballo negro.

CESAR. – En la yegua zaina... Y con pantalones azules de esos bien anchos... ¡Ve a ponértelos!

(**Bocina de auto**).

PATRICIA. – (Alegre y vengativa). ¡Llegó mi convertible!

CESAR. – ¡Josué!

(**Entra JOSUE**)

JOSUE. – ¿Mi teniente?

CESAR. – ¡A la bayoneta!

PATRICIA. – César: son mis invitados... Te suplico que...

CESAR. – Ve a cambiarte... O llamo a mamá Cándida...

PATRICIA. – Pero prométeme que...,

CESAR. – No prometo nada... ¡Ve pronto!...

(Sale PATRICIA aterrada),

JOSUE. – ¿Con bayoneta, mi teniente?... Con perdón de mi teniente, ¿no sería mejor con tachuelas, y sin que lo noten?

CESAR. – ¿Quiénes llegaron?

JOSUE. – . – Don Paquito, don Otto, don Rogelio... Y las señoritas.

CESAR. – ¿La de Paco?

JOSUE. – Sí, mi teniente.

CESAR. – Y la de Félix!

JOSUE. – ¡Siiiiiii... mi teniente!

CESAR. – No hagas ningún daño todavía... Y ábreles la portada,

JOSUE. – Como ordene mi teniente...

(Sale JOSUE).

CESAR. – Mamá Cándida!... ¡Mamá Cándida!

(Entra CANDIDA).

CANDIDA. – ¿Llegaron?

CESAR. – Como lo sospechábamos... A tratar de reconstruir aquí el circuito.

CANDIDA. – Déjamelos a mí... Estoy en mi día.

CESAR. – Lo malo es que no tienes habilidad para las armas.

CANDIDA. – ¡Han armado a tantos inexpertos! Además, no conoces mi lengua. Les hablaré claro.

CESAR. – ¿No sería mejor que lo hiciera yo?

CANDIDA. – Impide más bien que Atala venga... Sería peligroso... Y tú la dominas mejor que yo.

CESAR. – Déjame entonces el resto de la comitiva.

CANDIDA. – No es necesario... A Paquito y la novia voy a ponerles también los puntos sobre las íes... y en cuanto a esa otra...

CESAR. – Diga sí o no, se la mandas a Félix para que le revise el mecanismo... Y le deje algún daño para que, al llevársela, se la vuelvan a traer... Como hacen en algunos talleres...

CANDIDA. – (**Sonriendo**). No es mala idea...

CESAR. – Resérvame tan sólo al rival...

(**Entra PAQUITO**).

PAQUITO. – Teniente: ¿dónde está Patricia?

CESAR. – Lo ignoro. Pero ante todo, saluda a mamá Cándida, y ve luego a saludar a tu mamá.

PAQUITO. – Necesito ante todo a Patricia, para que sepa que todos vienen a almorzar... Y a quedarse hasta mañana.

CESAR. – Eso debes consultarla con la dueña de casa.

PAQUITO. – ¿Por qué?

CANDIDA. – No faltaba más, sino que tenga yo que darte explicaciones... Pero si las quieres, oyelas: ésta es mi casa, y aquí se hace lo que a mí me guste.

PAQUITO. – Como te atreves a hacerles una grosería a esos amigos...

CANDIDA. – ¿Qué me sucede?

PAQUITO. – Que me voy para no volver nunca.

CANDIDA. – Se la haré sólo para que cumplas tu palabra y busques oficio, en vez de andar en francachelas a raíz de la muerte de tu padre... Y de brazo con los que son quizás causantes de esa muerte.

PAQUITO. – (**Altanero**). Les diré entonces que no entren... que regresemos...

CANDIDA. – No... ¡Que entren!... En tanto, cumple tu amenaza... Vete a donde te plazca... ¡A vivir por cuenta propia!

PAQUITO. – No tendrán que repetírmelo.

(**Entra LUPE**).

LUPE.- – (**Afectuosa**). ¡Doña Cándida!

PAQUITO. – – (**Severo**). ¡Ven conmigo!

LUPE. – – ¿A dónde?

PAQUITO. – – Regresamos a la finca de Rogelio.

LUPE. – – Vete solo si quieres... Yo no vuelvo allá ni muerta...

CESAR. – – Muy bien dicho... Quédate acá, y entras en el curso de equitación que le estoy dando a Patricia.

LUPE. – – ¡Maravillosa idea!

PAQUITO. – – ¡He dicho que nos vamos!

LUPE. – – ¡He dicho que me quedo!

PAQUITO. – – Pues entonces... ¡todo se acabó!

LUPE. – – ¡Sí!... ¡Admitamos que es el fin del mundo!

CESAR. – – Le buscaremos otro novio.

LUPE. – – No hay necesidad de buscarlo... Tengo dos a la vista.

CESAR. – – ¿Dos bobos guardados?

LUPE. – – El bobo es él...

PAQUITO, – ¡Quédate con tus cocacolos!

(**Salen PAQUITO por un lado, y por el otro CESAR con LUPE... Entran luego ROGELIO, OTTO y JULIETA**).

ROGELIO. – – ¡Oh, señora!...

CANDIDA. – – (**Seca**). Muy buenos días.

OTTO. – – Señoga... Hegmoso esto... Con panogamas... Gustan a mí los panogamas...

JULIETA. – – (**Con desaire**). ¡Señora!...

CANDIDA. – – Muy buenos días, señorita.

ROGELIO. – JULIETA también está encantada con la región.

CANDIDA. – ¿No había venido antes por acá?

JULIETA . – ¿Yoooo?... Noooooo...

ROGELIO. – Bajó ayer por primera vez con nosotros, a mi finca de Los Buitres... La que compré hace poco, cerca de acá.

CANDIDA. – ¡Cómo no!... Y dicen que a muy bajo precio.

JULIETA. – (*Rápido*). ¡Sí!

OTTO. – Una opotunidad... De las de ahoga... (**Carcajada**).

JULIETA. – (*Aprueba con la cabeza*).

ROGELIO. – Y venimos a traerle a Patricia su convertible, que ya está reparado...

CANDIDA. – ¿No se sienta, señorita?

JULIETA . – ¿Yoooo?... Noooooo...

CANDIDA. – ¡Asunción!

(**Entra ASUNCION**)

ASUNCION. – ¿Mi señora?

CANDIDA. – Creo que la señorita tiene deseo de ver a don Félix...

JULIETA. – ¿Yoooo?... Noooooo...

CANDIDA. – Acompáñela... Acompáñela...

ASUNCION. – Por aquí, señorita...

(**Salen JULIETA y ASUNCION**).

OTTO. – Ciegamente... Muy hegmoso... Ni en Eugopa... Ya mi me dicen panogama, y olvido todo lo otgo...

CANDIDA. – Pues... Eso es lo que aquí abunda... Por todos lados.

OTTO. – De manega que si usted pegmite... Migagué... .

CANDIDA. – Para eso los ha hecho Dios...

(Sale OTTO).

ROGELIO. – Y... ¿bien de salud, señora?

CANDIDA. – Mejor que nunca,

ROGELIO. – Me complace... ¿Y... Atala?

CANDIDA. – Abatida, como es natural.

ROGELIO. – Es lógico... Y... ¿Patricia?

CANDIDA. – (*Rotunda*). Muy bien.

ROGELIO. – Les va sentando el clima...

CANDIDA. – Sobre todo, el clima moral.

ROGELIO. – Aunque, tal como andan las cosas, lo mejor sería que regresaran a Bogotá... Cualquier inconveniente económico que haya en este sentido... Lo subsanaremos... Estoy a sus órdenes.

CANDIDA. – Lo prudente, cuando no se puede arreglar el mundo, es contribuir a ello, aunque sea en forma muy modesta, poniendo orden en nuestra casa.

ROGELIO. – (*Algo descontento*). De acuerdo... De acuerdo...

CANDIDA. – Y para poner orden aquí, lo primero que debo manifestar a usted, señor mío, es que sus visitas no nos son gratas.

ROGELIO. – ¡Señora!... ¿Y por qué?

CANDIDA. Le agradecería que no me pidiera explicaciones.

ROGELIO. Esta bien.., En todo caso, sólo he venido para tener el gusto de saludarlas muy de prisa, y entregarle a Patricia...

CANDIDA. – Sí... Ese carro, que puede usted llevarse.

ROGELIO. – ¿Por qué, señora?

CANDIDA. – Porque es de usted, y no de ella,

ROGELIO. – Señora: me hace usted una ofensa.

CANDIDA. – Una aclaración, simplemente... Y sin ánimo de más comentarios.

ROGELIO. – Así será, señora, si usted lo dispone... Me iré cuanto antes.

CANDIDA. – Cuanto antes, mejor.

ROGELIO. – Tanto más en vista de que no acostumbro a discutir con señoras... Me agradaría, sin embargo, si está el teniente...

CANDIDA. – Está; pero no debo ponerlo al corriente de estas menudencias.

(**Entra ATALA, erguida, resuelta**)

ATALA. – Para darle fin a este conflicto, Rogelio... basta una mujer... ¡Me basto yo!

ROGELIO. – No hay ningún conflicto... Tan sólo un amigo que se despide.

ATALA. – ¡Y que ojala sea para siempre!

(**Se encaran un momento, y sale ROGELIO**).

ATALA . – ¡Mamá!

CANDIDA. – Estás temblando...

ATALA. – No de miedo... De ira.

CANDIDA. – (**Al abrazarla**). ¿Qué tienes ahí?... ¿Un arma?

ATALA.. – Sí... La de César.

CANDIDA. – Dámela acá.

ATALA. – Si ese hombre se demora aquí un segundo más, lo encuentran tendido en la hierba.

CANDIDA. – Dámela acá, he dicho.

ATALA. – Cuando lo haya visto partir.

(**Entra CESAR**).

CESAR. – ¿Ya?

CANDIDA. – ¿No lo ves?...

CESAR. – ¿Lo despachaste?

CANDIDA. – En forma contundente.

CESAR. – No lo hubiera hecho yo con más rapidez.

CANDIDA. – Pero ahora tengo miedo... Me parece que la tragedia nos acecha por todas partes.

CESAR. – Nos encontrará alerta,

ATALA. – Y decididos a hacer justicia por nuestra cuenta.

CANDIDA. – ¡Calla, hija! ¡No hay que tentar a Dios!

CESAR. – Y el otro, ¿dónde está?

CANDIDA. – Viendo "panogamas".

CESAR. – Voy a retocárselos.

CANDIDA. – Déjeme a mí... Es más prudente.

CESAR. – Ve tú ahora a retener a Patricia...

CANDIDA. – Ven, Atala... Ven conmigo... A acompañarme al oratorio...

ATALA. – (*Rompe a llorar sobre el hombro de CANDIDA*).

(*Salen CANDIDA y ATALA abrazadas. Entran JULIETA y FELIX*).

JULIETA. – Eres un atrevido y un grosero; y me pesa haber venido a buscarte... y si eso quiere decir que me debo regresar ahora mismo...

FELIX. – Síiiii...

JULIETA. – Me alegro en todo caso de haber venido para poderte decir en tu cara, que no eres más que un viejo ridículo, y un cínico, y un sinvergüenza, y un...

FELIX. – Sí, sí, sí, sí, sí, sí...

JULIETA. – Rogelio, Rogelio... Espérame...

FELIX. – (*Extendiendo los brazos hacia fuera*)... Si, si, sí, si sí...

(Sale JULIETA a toda prisa).

CESAR. – Lo cual quiere decir... que eso es irreparable...

FELIX. – Hombre... pues... ¡Si!

(Sale FELIX).

CESAR. – (**Hacia fuera**). Oiga... Oiga usted...

(Entra OTTO).

OTTO. – ¡Oh, mi teniente.... ¡No espegaba!...

CESAR. – Yo si lo esperaba...

OTTO. – Muy hongado... y felicitándolos pog tantos panogamas...

CESAR. – Dejemos por ahora los panoramas...

OTTO. – Muy a su ogden, mi teniente...

CESAR. – Supongo que ha venido usted a ver a Patricia.

OTTO. – A todos... A todos...

CESAR. – Pero nadie, ni Patricia, ni los demás, tenemos aquí interés en verle.

OTTO. – Me sogpende... mi teniente...

CESAR. – No tanto como a mi los informes que de usted hemos conseguido.

OTTO. – ¿Infomes?... Debe habeg mala inteligencia... Pog. que en mis antecedentes puedo mostrag infomaciones y gecomendaciones que... en mi calidad de técnico en...

CESAR. – Contésteme ante todo a una pregunta: ¿a qué ha venido usted a este país?

OTTO. – Como técnico en... ¡No es secreto!

CESAR. – Para mí ya no es... Sólo me falta saber... Quién lo trajo a usted.

OTTO. – No compiendo... La integrogación...

CESAR. – Ya que le seducen los panoramas, voy a refrescarle uno... ¡Nuestra capital en llamas!... ¡El origen de todos nuestros males!... A usted se le vio allí por primera vez... como técnico en combustibles...

OTTO. – ¡Eso es calumnia!

CESAR. – Pocos años después... Viene otro panorama... Un pueblecito humilde, de techos pajizos, pero envuelto en cafetales prósperos, y habitado por gentes sanas, cristianas y pacíficas... Un día llegaron allá las hordas de la violencia, incendiaron viviendas, torturaron a los hombres, violaron a las mujeres, mutilaron a los niños, cometieron toda clase de rapiñas y sangrientas monstruosidades... Y aquello lo capitaneaba también un técnico extranjero... Un hombre sin patria... ¡Usted!

OTTO. – Yo... mi teniente... Yo... Eso es otra calumnia...

CESAR. – Usted vino aquí tan sólo a traer la técnica del odio y de la crueldad... A corromper el alma ingenua de este pueblo, para luego esclavizarlo.

OTTO. – Mi teniente: esas palabras...

CESAR. – Van seguidas de otras: que usted saldrá cuanto antes, no sólo de esta casa, sino de esta tierra.

OTTO. – De su casa, no hay inconveniente...

CESAR. – Su amigo no ha arrancado aún... Quizá le está esperando.

OTTO. – En cuanto a la tiegga... Véguemos quién sale pgimego...

CESAR. – Acepto el reto.

OTTO. – Adiós...

(Sale OTTO).

CESAR. – Buen viaje..,

(Entra PATRICIA con bluyins).

PATRICIA. – ¿Por qué no han entrado?

CESAR. – Atrasada andas de noticias... Ya se despidieron.

PATRICIA. – Es absurdo... Me voy con ellos.

CESAR. – Confórmate con verlos partir... Definitivamente.

PATRICIA. – No se hará tu voluntad... ¡Rogelio!... ¡Rogelio!

CESAR. – ¡Josué!

(**Entra JOSUE**).

JOSUE. – ¿Mi teniente?

CESAR. – Una mordaza.

JOSUE. – (**Sacando un pañuelo rojo y otro azul**). ¿Cuál de estas le sirve?

PATRICIA. – ¡Rogelio! ¡Espérame!

CESAR. – Creo que ya no es necesaria... O no oyen o se hacen los sordos... Van cuesta abajo... Ahora sí, grita cuanto quieras.

JOSUE. – ¿Puedo retirarme, mi teniente?

CESAR. – Sí... Pon esos trapos en receso y ve a la portada a hacer centinela... Nadie entra ni sale.

JOSUE. – ¡Como ordene, mi teniente!

(**Sale JOSUE**).

CESAR. – ¿Qué hubo, que no gritas?

PATRICIA. – No grito para no darte gusto.

CESAR. – Haces bien... y ahora sí, ahora que estás en traje abrigado, vamos a montar a caballo... Como en otros años... Contentos... Riéndonos de todo... Ríe como entonces, con aire campesino, desprevenido.

PATRICIA. – Estaré para reírme...

CESAR. – Ríe como cuando sentí que te quería y no me atreví a decírtelo de un golpe.

PATRICIA. – Que no.

CESAR. – ¡Que te ríes!

PATRICIA. – ¡He dicho que no!

CESAR- Aunque tenga que hacerte cosquillas (**se las hace suavemente**).

PATRICIA. – Que no... (**Ríe a la fuerza**). Que no seas pesado...

CESAR. – Así me gusta.

PATRICIA. – Te detesto.

CESAR. – Y sin embargo... Me quieres.

PATRICIA. – ¡No!

CESAR. – Si no me quisieras, no te habrías puesto esos pantalones... Sentiste el deseo de obedecer, hastiada ya de hacer tu capricho, ¿no es cierto?... Renace en ti la mujercita buena, alegre de que haya quién sepa gobernarla.

PATRICIA. – No sería a ti, en tal caso, a quien obedeciera.

CESAR. – ¿Entonces a quién?.... De hoy en adelante no entrará aquí ningún rival... Mírame, pero sin fingir cólera, porque en este momento no la sientes.

PATRICIA. – ¡Qué van a pensar ellos de mi!

CESAR. – Que no estabas tan sola como suponían... Que en tu familia había virtudes que no se rinden.

PATRICIA. – ¡Pero no me aprietes tanto!

CESAR. – Bésame... Para completar todas estas peripecias, quiero que me beses.

PATRICIA. – ¡No faltaba más!

CESAR. – Bésame sin coquetería... Con verdadero cariño.

PATRICIA. – -¡He dicho que no!

CESAR. – (**Sacudiéndola**). y yo digo que sí... ¿Entiendes?... ¿Oyes lo que te exijo?... ¿y la manera como te lo exijo?... Dame un beso.

PATRICIA. – ¡Por la fuerza!

CESAR. – Por tu voluntad... Porque esa es en este momento tu voluntad... ¿Es... o no es?

PATRICIA. – ... Siii...

CESAR. – Dame tu boca...

PATRICIA. – (*Entregándose*). Sí, mi teniente...

CESAR. – ¡Amorcito! (*Beso*)

PATRICIA. – ¡Eres malo!

CESAR. – Más bueno que el pan... Repite y verás.

PATRICIA. – Bésame tú ahora.

CESAR. – (*Haciéndolo con técnica*). ¿Ya voy aprendiendo?

PATRICIA. – Siiiii... Siiiií... mi teniente.

(*Entran FELIX y ATALA de brazo*).

FELIX. – ¿Y esto qué es?... ¿Qué significa?

CESAR. – Que soy más hábil que Félix... Que ésta también aprendió a decir que sí, aunque era la más averiada de todas.

FELIX. – ¡Esta también!

(*Entra ASUNCION*).

ASUNCION. – ¡Mi teniente!... ¡Mi teniente!... Que lo llaman en la portada.

CESAR. – ¿Quién?

ASUNCION. – Unos soldados... Y Josué no quiere dejarnos entrar.... Y se van a agarrar.

(*Entra CANDIDA*).

CANDIDA. – ¡Dios mío! ¿Qué será?... ¿Qué estarán tramando esos hombres contra tí?

CESAR. – ¡Veremos! (*desenfunda la pistola y va saliendo*).

CANDIDA. – ¡César!... ¡César!... ¡Prudencia.... ¡Óyeme!

(*Sale CESAR*).

(*Entra PAQUITO con unos volantes*).

PAQUITO. – ¿Ya saben?... ¿Ya saben?

ATALA. – ¿Qué?

PAQUITO. – Miren lo que están botando desde unos aviones... Que desde anoche cambiaron las cosas... Que no más odios... Que no más sangre...

CANDIDA. – (*Leyendo*). ¡Paz!... ¡Libertad!... ¡Justicia!... ¿Será cierto, Dios mío?

PATRICIA. – Por lo visto se regó la noticia como la pólvora. ¡Miren, miren como levantan por todas partes banderas tricolores!

(*Entra LUPE*).

LUPE. – Oigan: vienen por la carretera los campesinos cantando.

(*Se oye un coro lejano*).

¡Oh, gloria inmarcesible, oh júbilo inmortal...

(*Entra CESAR*).

CANDIDA. ¿Qué ha pasado, mijito.

CESAR. – Nada más que un cambio de gobierno,

CANDIDA. – ¡Dios santo!... Moriría mucha gente.

CESAR. – No... No se derramó ni una sola gota de sangre.

FELIX. – ¿Quién sostenía entonces a los que la estaban derramando con tanto entusiasmo?

CESAR. – Supongo que los mismos que ahora le vuelven la espalda.

FELIX. – ¡Pero qué tontos! Si proyectaban voltearse, ¿por qué no lo hicieron antes?

CESAR. – Eso mismo me estoy yo preguntando...

ATALA. – Y ahora, ¿quién es el que manda.

CESAR. – Un general.

CANDIDA. – A lo mejor era lo que estaba haciendo falta... Fíjense que hasta yo tuve que echar mano a la espada cuando me sacaron de paciencia.

CESAR. – ¡Josué!

(**Entra JOSUE**).

JOSUE. – (**Cuadrándose**). ¿Mi teniente?

CESAR. – Calienta el campero... ¡Pronto!

PATRICIA. – ¿Te vas?.. ¿Echas a todo el mundo y ahora te vas?

CESAR. – Pero regreso pronto.

CANDIDA. – No pensarás ahora meterte en política.

CESAR. – Todo lo contrario... Voy a ver si me dan de baja.

FELIX. – Comprendo... Te pasa lo que a mí: que estas bondades de tus colegas me dan mala espina... Por algo dice el refrán: zapatero a tus zapatos.

(**Se oye de nuevo el coro a lo lejos**).

"Cesó la horrible noche, la libertad sublime." "

CESAR. – (**A FELIX**). Mientras regreso para dedicarme al campo, como me aconsejabas en otro tiempo, cuídame a la abuela, y abrázame a la tía... (**Con energía militar**). ¡Abrázala, hombre, he dicho!

FELIX. – (**Obedece como mansa oveja**). Si ella se deja...

CESAR. – Pero no te limites a abrazarla. Témplales también la rienda en mi nombre a Patricia y a ese mocoso... Ya es hora de que al menos nosotros nos pongamos de acuerdo para tomar la vida en serio... Mientras cesa en verdad la horrible noche...

TELON